

Las relaciones internacionales durante la guerra fría (1945-1991)

Alberto Pellegrini

PID_00188614

Índice

| | |
|---|----|
| Introducción | 5 |
| Objetivos | 6 |
| 1. Fin de la Gran Alianza y comienzo de la guerra fría (1945-1953) | 7 |
| 1.1. Definiciones y teorías de la guerra fría | 7 |
| 1.2. Un nuevo mundo bipolar | 8 |
| 1.2.1. Estados Unidos | 9 |
| 1.2.2. La Unión Soviética | 10 |
| 1.2.3. Europa occidental | 12 |
| 1.2.4. Europa central y oriental | 12 |
| 1.2.5. Asia oriental | 13 |
| 1.3. La eclosión de la guerra fría | 13 |
| 2. La carrera nuclear y el nacimiento del Tercer Mundo (1953-1963) | 24 |
| 2.1. Fin de los imperios coloniales y surgimiento de los "no alineados" | 24 |
| 2.2. La escalada armamentística | 27 |
| 3. De la "coexistencia pacífica" a la distensión (1964-1976) | 35 |
| 3.1. El camino de la distensión | 35 |
| 3.2. Los conflictos de Oriente Medio | 40 |
| 4. Enfriamiento de relaciones y caída del comunismo (1976-1991) | 43 |
| 4.1. La nueva escalada de la tensión | 43 |
| 4.2. El colapso del comunismo | 45 |
| 4.3. La China comunista | 49 |
| Glosario | 53 |
| Bibliografía | 55 |

Introducción

La etapa de la historia contemporánea que va desde la conclusión de la Segunda Guerra Mundial al derrumbamiento de la URSS se caracteriza por una extrema complejidad, fruto sobre todo de la dimensión verdaderamente global de las relaciones internacionales a partir de 1945.

Junto con la guerra fría, en efecto, hicieron su aparición toda una serie de nuevos fenómenos (descolonización, emergencia de nuevas potencias mundiales, conflictos devastadores, intentos de ruptura del bipolarismo) que contribuyeron a configurar tanto la etapa en cuestión, como la nueva fase de la política mundial que se abrió a partir de 1991.

Por esta razón, hemos creído conveniente centrarnos en el texto, sobre todo en el análisis de las dinámicas internacionales, con una especial atención a la difícil relación entre las dos superpotencias a lo largo de toda la etapa considerada. Por otro lado, hemos procurado también ampliar la mirada a otros escenarios mundiales, enmarcando los fenómenos anteriormente mencionados en el complejo panorama internacional de la segunda mitad del siglo XX.

Objetivos

El estudiante, al acabar el estudio de este módulo, deberá:

- 1.** Haber entendido las dinámicas que a partir de 1945 llevaron al enfrentamiento entre Unión Soviética y Estados Unidos, así como las prioridades estratégicas que guiaban las decisiones de las dos superpotencias, tanto en Europa como en Asia oriental.
- 2.** Estar capacitado para trazar un cuadro, aunque sumario, de los principales procesos descolonizadores en Asia y en África, habiendo comprendido las diferencias entre descolonización británica y francesa.
- 3.** Conocer las etapas de la evolución política de Estados Unidos y la URSS, así como las razones que llevaron a ambas superpotencias a apostar por el camino de la distensión en los años setenta.
- 4.** Haber entendido las causas del nuevo enfriamiento de relaciones de los años ochenta y las dinámicas –tanto internas como internacionales– que llevaron al derrumbamiento del comunismo.

1. Fin de la Gran Alianza y comienzo de la guerra fría (1945-1953)

1.1. Definiciones y teorías de la guerra fría

Las relaciones internacionales en los cuarenta y cinco años que siguieron a la conclusión de la **Segunda Guerra Mundial** fueron dominadas por el conflictivo enfrentamiento entre las dos superpotencias que emergieron como grandes triunfadoras al acabarse la contienda en 1945: **Estados Unidos** y la **Unión Soviética**. Este enfrentamiento –conocido como **guerra fría**– se caracterizó por su alcance global y llevó a la práctica división del mundo en dos bloques totalmente antagónicos y bien definidos (el occidental o capitalista y el oriental o comunista), tendentes cada uno a aumentar su poder y a expandir su seguridad a expensas del otro. Para conseguir estos objetivos, los dos bloques recurrieron a casi todos los medios a su disposición (propaganda, subversión, competición tecnológica, espionaje, guerras indirectas), aunque sin llegar nunca a un conflicto directo entre las fuerzas armadas de las dos superpotencias. De aquí la célebre afirmación del intelectual francés **Raymond Aron** que definió la guerra fría como:

"Guerra improbable, paz imposible".

Para explicar el surgimiento de este enfrentamiento, los historiadores y los politólogos han desarrollado muchas teorías diferentes que, sin embargo, se pueden clasificar según tres escuelas bien definidas y diferenciadas.

- El **enfoque tradicionalista** (representado por autores como **Herbert Feis** y **William McNeill**) dominó las primeras interpretaciones historiográficas acerca del nacimiento de la guerra fría. Según esta escuela, la mayor parte de la responsabilidad del conflicto recayó en la actitud agresiva y en la voluntad expansionista de la Unión Soviética en la inmediata posguerra; en cambio, la política exterior norteamericana se habría caracterizado por una actitud pasiva y conciliadora para evitar cualquier enfrentamiento cuando menos hasta 1947, cuando finalmente el supuesto expansionismo estaliniano acabó por forzar una respuesta por parte de Washington.
- En los años sesenta, por otra parte, surgió una nueva interpretación acerca de la guerra fría básicamente como respuesta al hasta entonces dominante enfoque tradicionalista. Según los "**revisionistas**" (como **Gabriel Kolko** o **Lloyd Gardner**), el desencadenamiento del conflicto radicó fundamentalmente en la actitud profundamente antisoviética y anticomunista de la diplomacia norteamericana: las acciones que Estados Unidos llevó a cabo ya antes de 1945 respondían a una precisa voluntad de limitar la influencia

Lectura sugerida

Raymond Aron (1989). *Paz y guerra entre las naciones*. Madrid: Alianza.

de Moscú y, en general, de las fuerzas de izquierda en el mundo. Por esto, los autores "revisiónistas" creen que la política exterior soviética, después de 1945, respondió básicamente a criterios defensivos, en respuesta a la explícita agresividad de los norteamericanos.

- El enfoque, sin embargo, más moderno, el de historiadores como **John Lewis Gaddis** y **Vladislav Zubok**, constituye una síntesis entre las dos escuelas anteriormente mencionadas. Los "posrevisiónistas" (que –a diferencia de sus predecesores– pudieron también consultar las fuentes documentales soviéticas a raíz de la desaparición de la URSS en 1991) niegan que hasta 1947 Estados Unidos hubiese mantenido una diplomacia pasiva de cara a Moscú y subrayan, además, la utilización por parte de Washington de diferentes medios para defender sus intereses estratégicos, económicos y políticos. Sin embargo, y a diferencia de los "revisiónistas", no creen que las motivaciones americanas fuesen guiadas exclusivamente por consideraciones antisoviéticas ni que la actuación de Moscú en Europa oriental respondiese únicamente a razones defensivas.

1.2. Un nuevo mundo bipolar

La conclusión de la Segunda Guerra Mundial, además de enormes traumas humanos, materiales y morales, dejó tras de sí una total reorganización de las relaciones internacionales, que a partir de 1945 fueron dominadas por el enfrentamiento entre los dos bloques antagónicos occidental y oriental. Sin embargo, la sucesiva bipolarización empezó a fraguarse ya durante el conflicto y fue el resultado tanto de las decisiones tomadas en las conferencias interaliadas, como de los propios resultados de la guerra. Los líderes aliados se plantearon el problema de la reorganización del mundo, aun cuando el conflicto no se había acabado, estableciendo, en una serie de cumbres y de conferencias al máximo nivel, las pautas que habrían de llevar al nuevo orden internacional para la posguerra. Así, el futuro de Asia oriental quedó decidido en la **Conferencia de El Cairo** (noviembre de 1943), en la que el primer ministro inglés **Churchill**, el presidente norteamericano **Roosevelt** y el líder chino **Jiang Jeshi** remarcaron su voluntad de desposeer a Japón de todas sus posesiones coloniales.

El destino de Europa, en cambio, se estableció en las decisivas –y más problemáticas– **cumbres de Teherán, Yalta y Potsdam**. En la primera (noviembre-diciembre de 1943), **Roosevelt**, **Churchill** y el líder de la URSS, **Stalin**, además de decidir la futura invasión de Francia, fijaron las nuevas fronteras de Polonia, garantizando así el control soviético sobre los países de Europa oriental; un control que quedó confirmado en la sucesiva **Conferencia de Yalta** (febrero de 1945) cuando los "Tres Grandes" decidieron la división de Alemania en cuatro zonas de ocupación, garantizando además a Francia un papel en el reparto. Stalin, por su parte, aseguró su posterior intervención en la guerra contra Japón, así como la participación soviética en la futura Organización de las Naciones Unidas, que nació a raíz de la **Conferencia de San Francisco**

Lecturas sugeridas

Herbert Feis (1960). *Between War and Peace: The Potsdam Conference*. Princeton: Princeton University Press.

Gabriel Kolko (1974). *Políticas de guerra: el mundo y la política exterior de los Estados Unidos, 1943-1945*. Barcelona: Grijalbo.

John Lewis Gaddis (1989). *Estados Unidos y los orígenes de la guerra fría: 1941-1947*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.



Los "Tres Grandes" en Yalta

Fuente: http://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Yalta_summit_1945_with_Churchill,_Roosevelt,_Stalin.jpg

La Conferencia de Moscú

Otra conferencia fundamental fue la de Moscú (octubre de 1944), en la que Churchill y Stalin se repartieron las influencias de sus países en el área balcánica. Stalin garantizó la prominencia de los intereses británicos en Grecia a cambio del reconocimiento del control soviético sobre Rumanía, Bulgaria y Hungría.

(abril de 1945), cuando cuarenta y seis países tomaron parte en la creación del organismo que habría de mantener la paz y la seguridad después de la guerra. La última cumbre que vio reunidos a los triunfadores de la guerra, en vísperas de la rendición japonesa, fue la de **Potsdam** (julio-agosto de 1945): en esta, a pesar de los acuerdos que se lograron alcanzar (sobre la demarcación de las zonas de ocupación de Alemania, sobre los juicios a los criminales nazis, la transferencia de poblaciones y las reparaciones de guerra), empezaron a manifestarse las primeras fricciones evidentes entre Stalin y los líderes occidentales (el inexperto neopresidente norteamericano **Truman** y el debilitado Churchill – sustituido después por **Attlee**–) sobre todo acerca del destino de Polonia.

Todas estas cumbres se complementaron –por lo que se refiere a la reorganización del mundo de la posguerra– con las consecuencias de las operaciones militares llevadas a cabo por los aliados.

Así, la **división de Europa** fue el resultado tanto de los acuerdos inter-aliados como de las ofensivas anglo-americanas (en el oeste) y soviéticas (en el este); y el control norteamericano en el **área del Pacífico** se debió sobre todo a la absoluta preponderancia de Estados Unidos en la derrota final de Japón.

1.2.1. Estados Unidos

Al finalizar la contienda, los Estados Unidos del nuevo presidente **Truman** habían emergido como **primera potencia del globo**. Su economía se había recuperado plenamente –también gracias al esfuerzo bélico– de los efectos de la Gran Depresión y mantenía una superioridad abrumadora en la escena mundial; sus ejércitos se encontraban desplegados en los cinco continentes y –gracias a sus inmensas fuerzas aéreas y marítimas– podían intervenir en todas las áreas del planeta. Su indiscutible superioridad tecnológica (cuya más evidente expresión fue la bomba atómica) se acompañaba de una creciente influencia cultural, acrecentada por el papel de libertadores que sus soldados desempeñaban en muchas áreas y a un indudable predominio diplomático ejercido por medio de las nuevas instituciones mundiales.

De hecho, mientras en el ámbito interior Harry Truman se enfrentaba a la reconversión económica del país e intentaba seguir adelante con un ambicioso plan de reformas sociales, que finalmente no logró prosperar, en la política exterior Estados Unidos asumió plenamente su nuevo papel de potencia hegemónica.

A diferencia de 1919, los norteamericanos se implicaron activamente en la reorganización de la posguerra, proponiéndose como baluartes de la democracia y construyendo en pocos años un verdadero imperio mundial: la experiencia anterior había demostrado que la seguridad de Estados Unidos debía defenderse participando en el nuevo orden mundial, no optando por el aislacionismo.

Aunque el proceso no fuera inmediato (aún en 1945 existían planes para una rápida retirada de las tropas norteamericanas de Europa), la creciente sensación de inseguridad suscitada por las acciones diplomáticas soviéticas favoreció la adopción de una política exterior destinada a "contener" la que se percibía como **amenaza comunista**. La visión de Roosevelt de un mundo en el que los intereses divergentes de los dos bloques podían coexistir con la cooperación internacional estaba dejando paso a una lógica de contraposición y de enfrentamiento.

1.2.2. La Unión Soviética

Después de cuatro años de lucha, la Unión Soviética había logrado una **victoria aplastante** contra Alemania. En 1945, el Ejército Rojo controlaba toda Europa oriental y constituía la fuerza terrestre más formidable que se había visto hasta entonces. El papel soviético en la victoria aliada había sido fundamental y garantizaba un inmenso prestigio al país de Stalin. Sin embargo, el coste había sido terrible: más de veinte millones de muertos, enormes devastaciones y una economía arruinada y dependiente de las ayudas norteamericanas. Además, las esperanzas de una mayor humanización del régimen se vieron inmediatamente frustradas: Stalin mantuvo su férreo control sobre la política soviética, procediendo a feroces purgas interiores en pro de mantener su absoluto poder e imponiendo un brutal ritmo de reconstrucción económica basado en la planificación quinquenal y en la preferencia otorgada a la industria pesada. Cabe subrayar, a pesar de todo esto, que el modelo soviético, en 1945, gozaba de un fuerte atractivo y constituía, de hecho, una alternativa al modelo capitalista liberal representado por Estados Unidos.

El heroico esfuerzo de sus soldados y de los civiles, el desprestigio de las antiguas clases dirigentes liberales y la mitificación de la URSS como bastión del antifascismo contribuían a que millones de personas miraran a Moscú como un referente para construir una nueva y más igualitaria sociedad para la posguerra.

Consciente de todo esto, y de su inmensa fuerza militar, la URSS se dispuso así a desempeñar un papel de fundamental importancia en la escena política internacional, proponiéndose abiertamente como superpotencia alternativa a Estados Unidos. Sin embargo, en un primer momento, Stalin no parecía mos-

Ved también

Podéis ver el subapartado 1.3 ("La eclosión de la guerra fría (1945-1953)").

trarse partidario ni de un explícito enfrentamiento con el bloque occidental ni de una inmediata expansión comunista por toda Europa. Convencido de la superioridad y del **inevitable triunfo final del socialismo** frente a un capitalismo que ya había mostrado anteriormente su debilidad, y deseoso de mantener, cuando menos a corto plazo, la paz con los angloamericanos (cuya ayuda seguía necesitando para su maltrecha economía), el dictador se abstuvo de actos de abierta hostilidad hacia los occidentales, y en la Europa oriental controlada por sus ejércitos se decantó, cuando menos hasta 1947, por la constitución de frentes nacionales en los que los comunistas gobernasen en coalición con otros partidos.

Europa en 1945



1.2.3. Europa occidental

Los países del Occidente europeo, a pesar de haber sufrido una menor devastación en la contienda respecto a los del este, no dejaron, sin embargo, de experimentar intensas transformaciones políticas, económicas y sociales a partir de 1945. Los dirigentes de anteguerra, desacreditados por su fracaso a la hora de oponerse al nazismo y –a veces– por su posterior colaboración con los alemanes, se vieron desplazados en favor de nuevos actores: en el marco de una recuperación de las instituciones democráticas, se puede hablar de un general ascenso de las fuerzas progresistas que impusieron, en muchos casos, sus prioridades en la agenda política de los diferentes países. Los **partidos socialistas, comunistas y democristianos** ocuparon así el vacío dejado por los conservadores tradicionales: compartieron a menudo las responsabilidades de gobierno en los primeros años de la posguerra, hasta que las lógicas de la guerra fría acabaron por imponer sus exigencias, apartando así a los comunistas de las mayorías parlamentarias y marcando un general "**giro**" a la **derecha** de las fuerzas democristianas.

El caso británico

Parcial excepción a la general transformación política de Europa occidental fue el Reino Unido, donde las tradicionales estructuras parlamentarias sobrevivieron sin demasiados traumas a la guerra. Sin embargo, el auge de la izquierda llegó también a Londres: en 1945 el laborista Clement Attlee derrotó a Churchill en las elecciones y su Gobierno progresista llevó a cabo, en los años siguientes, un ambicioso plan de reformas económicas y sociales enfocadas a la realización de un "estado del bienestar", siguiendo el ejemplo del New Deal rooseveltiano de los años treinta.

1.2.4. Europa central y oriental

Teatro de furibundas batallas a lo largo de casi toda la guerra, la Europa centro-oriental, en 1945, estaba casi toda bajo el control de los soviéticos (con la excepción de Grecia, donde una sangrienta guerra civil oponía a los monárquicos conservadores frente a las guerrillas comunistas), y vio entonces cómo a la liberación del yugo nazi no siguió la instauración de una verdadera democracia (democracia que, dicho sea de paso, tampoco estaba muy arraigada en la zona antes de 1939).

Las transformaciones respecto al orden de anteguerra, sin embargo, fueron aún más radicales que las que se dieron en Occidente: las viejas elites desaparecieron, víctimas de la guerra o de la posterior depuración; millones de personas –entre ellas todas las minorías alemanas que poblaban las regiones orientales– fueron expulsadas de sus hogares, y nuevas fuerzas políticas se hicieron con el control de los diferentes Estados.

Los **comunistas**, cuyas ideas seducían a amplias masas de campesinos y de obreros, empezaron a adueñarse paulatinamente, gracias al **apoyo de Moscú** y a elecciones pilotadas, de las estructuras de poder. Garantizándose, en los ya mencionados "frentes nacionales", el control de los ministerios clave (como los del Interior y de la Guerra, que les consentían dirigir las fuerzas de policía y los ejércitos), se dedicaron, con sus temporáneos aliados, a llevar a cabo ambiciosas reformas agrarias que rompieron con la tradición latifundista de la región.

1.2.5. Asia oriental

Los cambios derivados de la guerra no fueron menos importantes ni menos traumáticos en el Asia oriental que en Europa: en un área que vio combates devastadores a lo largo de años y donde los sufrimientos humanos no fueron inferiores a los de los europeos, 1945 representó el fin de una época y el comienzo de otra. Aunque los efectos del conflicto se hicieron sentir también en **Indochina** (donde las antiguas potencias coloniales habían sido derrotadas por los japoneses, antes de que la rendición nipona les devolviera sus posesiones), especialmente relevantes fueron las consecuencias para los dos mayores países de la zona: Japón y China.

En **Japón**, la derrota constituyó, además del final de las pretensiones imperiales, un verdadero trauma nacional. Ocupado por las fuerzas norteamericanas, el país se vio sometido a un radical proceso de transformación política, económica y social con la construcción de una democracia parlamentaria y el derrocamiento de la elite militarista. Estrictamente vinculado a Estados Unidos, Japón se integró así plenamente en el bloque occidental en cuanto se exacerbaban las tensiones de la guerra fría.

Diferente fue el caso de **China**. El gigante asiático, al acabarse la guerra contra Japón (iniciada ya en 1937), vio nuevamente explotar las tensiones entre el Gobierno nacionalista de Jiang Jeshi y la guerrilla comunista de Mao Zedong, momentáneamente aparcadas durante la contienda: a pesar de los inútiles intentos de conciliación, en 1946 las dos facciones volvieron a enfrentarse abiertamente en una sangrienta guerra civil.

1.3. La eclosión de la guerra fría

En 1945, a pesar de las evidentes diferencias entre Estados Unidos y la Unión Soviética y de sus primeros contrastes, aún se albergaba la esperanza de que los antiguos aliados pudiesen seguir juntos en el camino de la paz. De hecho, en algunos campos concretos la colaboración prosiguió más allá del inmediato final del conflicto y las dos superpotencias todavía lograron ponerse de acuerdo respecto a no pocos asuntos.

Excepciones

Merece la pena destacar dos notables excepciones en el proceso general de conquista del poder por parte de las fuerzas comunistas. En Checoslovaquia, las elecciones de 1946 –a diferencia de otras, sustancialmente libres– dieron la mayoría relativa (38%) al KSČ de Klement Gottwald, que se convirtió en el primer presidente del Consejo comunista libremente elegido. En Yugoslavia, donde la liberación de los nazis se debió en mayor parte a la acción de los partisanos de Tito y no a la llegada de los rusos, el control comunista sobre el país era total ya en 1945, sin que fuera necesario recurrir a las maniobras que se dieron en otras regiones.

Ejemplo

Por ejemplo, la URSS, a pesar de su recelo, accedió a formar parte de la ONU (después de haber obtenido una plaza permanente en el Consejo de Seguridad) gracias a las insistencias norteamericanas, y participó en la Conferencia de San Francisco.

También, respecto a los juicios de los criminales de guerra alemanes, la URSS y Estados Unidos lograron alcanzar un acuerdo: este, finalmente, permitió la celebración del conocido **Juicio de Núremberg** (1945-1946), que vio la condena a muerte de doce jerarcas nazis. Finalmente, otro apartado que vio un sustancial acuerdo entre occidentales y soviéticos fue la celebración de la **Conferencia de París** (1946-47), en la que se firmaron los tratados de paz entre los aliados y los Estados del Eje (con la notable excepción de Alemania) y se fijaron las nuevas fronteras europeas.

Sin embargo, la óptica de cooperación entre las superpotencias cedió rápidamente el paso a una dialéctica de abierto enfrentamiento: derrotada Alemania –y desaparecido entonces el único aglutinante que había mantenido unida la coalición aliada en los años de la guerra–, los intereses estratégicos y las lógicas políticas de Estados Unidos y de la Unión Soviética eran demasiado divergentes como para no entrar en contraste entre ellas. De hecho, los desencuentros entre los occidentales y la URSS se remontaban todavía a los tiempos de la Revolución Rusa, cuando soldados ingleses y estadounidenses prestaron su colaboración a los contrarrevolucionarios "blancos"; sin embargo, en pro de la consecución de la victoria contra Hitler, el tradicional anticomunismo de los dirigentes anglosajones fue aparcado momentáneamente. Aunque la colaboración militar acabara dando sus frutos, tampoco en los años de guerra faltaron los contrastes, y el más importante de ellos fue la cuestión del "**segundo frente**". La URSS, que soportó en mayor parte el peso de los ejércitos nazis, toleraba mal los retrasos y las incertidumbres anglosajonas a la hora de desembarcar en Europa, y cuando se produjo la **invasión de Normandía**, Stalin sospechó que se trataba más que de una acción efectiva, de una maniobra para garantizar a los occidentales un papel en el futuro reparto del continente.

Con todo, mucho más graves fueron los problemas que se manifestaron después de la guerra, provocados tanto por algunas desacertadas decisiones norteamericanas como por las ambiciones estratégicas soviéticas. En el primer caso, hay que subrayar la repentina decisión de Truman, en la primavera de 1945, de suspender de inmediato las ayudas a Moscú, que tanta parte habían tenido en la resistencia soviética y que Stalin parecía desear que continuasen para poder reconstruir su economía. Por su parte, el dictador soviético no hizo nada para alejar las sospechas occidentales sobre su supuesta voluntad de dominio continental, y fue el trauma de la invasión nazi, que casi estuvo a punto de derrotar a su país, lo que marcó sus directrices estratégicas al acabarse el conflicto. Fundamental para Stalin era garantizar la seguridad soviética frente a posibles agresiones futuras; de aquí la exigencia de crear un "cinturón" de países amigos a lo largo de las fronteras europeas de la URSS, que sirviera de glacis defensivo: un "cordón sanitario" muy parecido a lo que, en 1919, los ganadores de la Gran Guerra habían construido para aislar a los revolucionarios bolcheviques. Así, gracias también a la presencia de las tropas del **Ejército Rojo**, los soviéticos se preocuparon inmediatamente de favorecer el ascenso al poder –en estos países de la Europa centro-oriental– de grupos y partidos favorables a su causa política y dispuestos a contribuir forzosamente a la reconstrucción

El Consejo de Seguridad de la ONU

Los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas son las potencias oficialmente ganadoras de la Segunda Guerra Mundial: Estados Unidos, Unión Soviética (a partir de 1991, Rusia), Francia, Reino Unido y China.

de la propia URSS, dedicándose al mismo tiempo a eliminar, de manera cada vez más brutal, a las fuerzas anticomunistas. Especialmente grave, por lo que se refiere a las relaciones con Occidente, fue el **caso polaco**.

Cuando las tropas rusas entraron en territorio polaco en 1944, impusieron en las zonas liberadas un Gobierno filocomunista (el Comité de Lublin), que entró de inmediato en contraste con el Gobierno legítimo, exiliado en Londres y filo-occidental. A pesar de las promesas hechas en Teherán y Yalta, Stalin no solamente no dejó que –una vez completada la liberación del país– los exiliados compartieran el Gobierno del país con el Comité, sino que, incluso a su regreso de Londres, les hizo arrestar e impidió que las siguientes elecciones polacas fuesen efectivamente libres.

Los conflictos no se limitaron, sin embargo, a Europa, como demuestra el caso de **Irán**.

El territorio iraní, durante la guerra, había sido ocupado conjuntamente por soviéticos y británicos; cuando el conflicto se acabó, Stalin –que anhelaba una expansión en la región– retrasó todo lo posible la retirada de sus tropas hasta verse obligado a abandonar el país después de la intervención de la ONU en 1946.

Las mencionadas acciones soviéticas –aunque a veces se saldaran con la derrota de Moscú, como en el caso iraní– no hicieron sino acrecentar la inquietud de los políticos de **Washington** frente a lo que empezaba a percibirse abiertamente como una amenaza. En este sentido, la aportación del joven funcionario **George Kennan** fue fundamental, ya que en 1946 remitió a Washington un amplio informe (conocido como "**Telegrama Largo**") sobre la naturaleza expansionista del régimen soviético, abogando abiertamente por una nueva estrategia de "contención" que Estados Unidos y sus aliados habrían de llevar a cabo para proteger sus intereses vitales. Así, no debe sorprender que, cuando los británicos, en la guerra civil griega, decidieron suspender su apoyo al bando gubernamental (que se enfrentaba a una guerrilla comunista, apoyada por Yugoslavia y Bulgaria), el presidente Truman solicitara al Congreso, en marzo de 1947, ayuda para Grecia y Turquía, proclamando la voluntad norteamericana de "ayudar a los pueblos libres que resisten las tentativas de dominio por parte de minorías armadas o de presiones exteriores", en lo que fue el primer enunciado de la que luego se conoció como "**Doctrina Truman**".

A pesar de esto, a los diplomáticos norteamericanos les resultaba cada vez más claro que, para frenar lo que se percibía como un imparable avance del comunismo, se hacían necesarias una serie de acciones más efectivas. El acertado análisis del entonces secretario de Estado **George Marshall**, más que especular sobre la temida posibilidad de un ataque militar de las fuerzas armadas soviéticas (que en aquellos momentos gozaban de una aplastante superioridad en el continente europeo), sobre todo hacía hincapié en la necesidad de evitar que los europeos occidentales, hambrientos y empobrecidos, se volcaran masivamente hacia los partidos de orientación socialista, derrocando así el orden democrático-liberal y cayendo en la órbita de Moscú. Para evitar esta perspectiva, Marshall sugirió, en junio de 1947, un ambicioso plan para la reconstrucción económica de Europa: la ayuda material estadounidense proporcionaría entonces inmediatos beneficios a todo el continente, favoreciendo (también

El Telón de Acero

La actuación de los soviéticos en Polonia se repitió, con matices, también en los otros países del este: represión, brutalidad y depuraciones caracterizaron sus acciones también en Bulgaria, Hungría y Rumanía. El secretismo con el que se llevaron a cabo impulsó al ex primer ministro inglés Churchill a hablar, en un célebre discurso pronunciado en Missouri el 13 de marzo de 1946, de un "Telón de Acero" que estaba dividiendo a Europa, tras el cual los soviéticos estaban sometiendo a su control a las poblaciones de Europa del Este.

Lectura recomendada

John Lewis Gaddis (1992). *La contención: concepto y política*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

gracias a una masiva propaganda) el apoyo de las poblaciones a la política de Estados Unidos (y, en general, a las instituciones democráticas) y garantizando, además, el control económico norteamericano sobre Europa.

El "**Plan Marshall**" –oficialmente denominado Plan de Recuperación Europea– se convirtió así, una vez aplicado, en un instrumento fundamental para el despliegue económico europeo y en una pieza básica para la construcción política del bloque occidental.

De hecho, la formulación del plan prácticamente coincidió con el progresivo alejamiento de los partidos comunistas de los Gobiernos de coalición occidentales: en la primavera de 1947, poco después del discurso de Truman, tanto los partidos comunistas de Francia como los de Italia salieron de sus respectivos gabinetes manteniendo aún su imponente fuerza electoral.

La Unión Soviética, que no podía competir en el terreno económico con Estados Unidos, vio en la Doctrina Truman y en el Plan Marshall dos amenazas muy concretas a sus propios intereses y a sus exigencias de seguridad. De aquí que se hiciera necesaria, en la óptica estaliniana, una respuesta efectiva a los movimientos americanos, estrechando aún más los lazos con los países del este de Europa y cerrando cualquier espacio de disidencia. En septiembre de 1947, se decidió entonces la creación de la **Kominform**, un organismo que debía armonizar (adaptándolas a las exigencias de Moscú) las políticas de los diferentes partidos comunistas europeos: en su conferencia constitutiva, el delegado soviético **Andréi Zhdanov** habló explícitamente de la división del mundo en dos campos enfrentados (el imperialista, liderado por Estados Unidos, y el antiimperialista, liderado por la URSS). Según la que se conoció sucesivamente como "**Doctrina Zhdanov**", el campo antiimperialista necesitaba movilizar sus fuerzas para resistir a la amenaza americana: para hacerlo, se requería la ruptura de las alianzas con socialdemócratas y burgueses y una obediencia mucho más estricta a la dirección estaliniana. La consecuencia de la aplicación de esta doctrina fue, así, la transformación de los frentes nacionales en democracias populares.

En pocos meses, en todos los países de la Europa del Este, los comunistas expulsaron brutalmente del Gobierno a sus anteriores aliados, instaurando regímenes de partido único, encarcelando y ejecutando a miles de opositores y empezando a transformar radicalmente las economías de la zona mediante las nacionalizaciones y la industrialización forzada.

Los nuevos regímenes se convirtieron así en sumisos clientes de Moscú, obligados a acatar las disposiciones estalinianas (aun cuando fueran contradictorias) y destinados a seguir bajo el control soviético hasta 1989.

Especialmente dramática fue la transformación de la que hasta entonces había sido la única efectiva democracia de la zona. En **Checoslovaquia**, en febrero de 1948, los comunistas hubieron de dar un verdadero golpe de Estado para imponer su absoluto control sobre el país: el llamado "**Golpe de Praga**" tuvo así una enorme repercusión en Occidente y sus efectos negativos para la causa comunista fueron una de las razones que propiciaron el triunfo democristiano en las elecciones italianas del abril sucesivo. Sin embargo, la exigencia soviética de una rigurosa obediencia de los demás países socialistas se topó con una inesperada **resistencia en Yugoslavia**. El mariscal **Tito**, hasta entonces el más firme aliado de Stalin, no necesitaba el apoyo de Moscú para seguir gobernando, sino que se basaba en el prestigio personal que le deparaba su historial antinazi: frente a las presiones soviéticas, Tito no dudó, en junio de 1948, en romper abiertamente con la URSS, por lo que fue inmediatamente expulsado de la Kominform y obtuvo, en consecuencia, el silencioso respaldo de los norteamericanos, interesados en debilitar cada vez que se les presentara la ocasión las posiciones estratégicas de Moscú.

Así, precisamente **a partir de 1948**, se consumó la patente división del mundo en dos bandos contrapuestos.

Arrastradas a la guerra fría por sus propias acciones y, a veces, incluso en contra de su propia voluntad, las dos superpotencias empezaron a enfrentarse en todos los campos, en una creciente escalada de tensión que empezó a manifestarse abiertamente en Alemania, el epicentro de todas las tensiones a finales de los años cuarenta.

Desaparecido el Estado con la derrota nazi, el territorio alemán –mutilado de importantes regiones a favor de Polonia y de la URSS– había sido dividido (tal como se había pactado en Potsdam) en cuatro zonas de ocupación; al mismo tiempo, también Berlín, situada geográficamente en la zona soviética, se hallaba sometida a un régimen de ocupación cuatripartito. Sin embargo, el Consejo de control aliado, encargado de la administración de las cuatro zonas, se encontró casi inmediatamente paralizado por las divergencias entre los occidentales y los rusos sobre el futuro del país –cuya teórica unidad seguía manteniéndose–. En consecuencia, mientras en las regiones occidentales los anglosajones apostaron rápidamente por la recuperación económica y por la creación de un sistema político democrático, el sector bajo administración soviética se integró plenamente en el bloque oriental, siguiendo las rígidas consignas estalinianas.

Los países del este y el Plan Marshall

Un ejemplo de lo contradictorio de las disposiciones de Stalin es la adhesión de los países orientales al Plan Marshall, que originariamente iba destinado a todos los Estados europeos. Desprevenido ante la propuesta norteamericana, el dictador no impidió que, en un primer momento, los Estados orientales aceptaran el plan, aunque luego los forzó a renunciar.

Austria en la posguerra

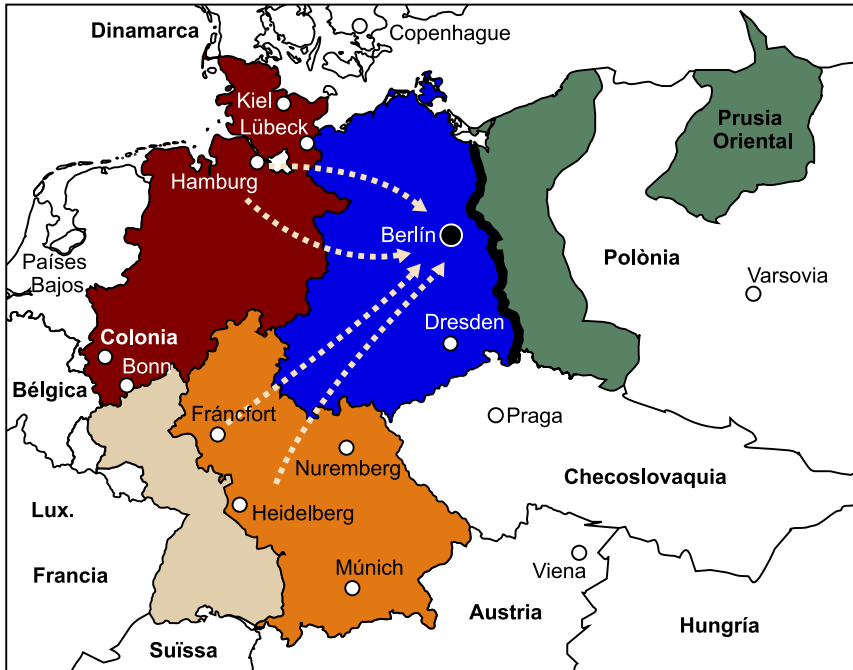
También Austria (y su capital Viena) se vio sometida a un régimen de ocupación cuatripartito a partir de 1945. Aquí, sin embargo, las tensiones entre los dos bloques fueron menores y –una vez pactada la definitiva neutralidad austriaca– el país pudo recuperar su independencia en 1955.

En 1948, la tensión en la región había alcanzado su punto álgido:

- **Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos** acababan de unificar sus respectivas zonas de ocupación en una única entidad, llevando a cabo una radical reforma monetaria, que constituyó, junto con las ayudas del Plan Marshall, una de las claves de la exitosa recuperación económica alemana.
- Por su parte, la **Unión Soviética** seguía ejerciendo su estricto control en un sector oriental en el que –sin embargo– la presencia de una "isla" occidental, tal como era Berlín-Oeste, constituía una continua fuente de preocupaciones para el propio Stalin.

El dictador soviético decidió entonces, en junio de 1948, bloquear todos los accesos terrestres que unían a Berlín-Oeste con las zonas occidentales de Alemania como medio de presión contra sus antiguos aliados. Sin embargo, la estrategia estaliniana no resultó efectiva: los americanos y los británicos organizaron, en pocos días, un **gigantesco puente aéreo**, que logró abastecer durante meses a los hambrientos berlineses, garantizándose además el apoyo de los alemanes (y, en general, de todos los europeos occidentales), que empezaron a considerarlos los **salvadores del "mundo libre"**. En mayo de 1949, finalmente, Stalin levantó el bloqueo de la ciudad, resignado ante la prueba de fuerza de los anglosajones: a continuación, en el que había sido el sector occidental del país, se constituyó la nueva **República Federal de Alemania**, con capital en Bonn y la sucesiva (octubre de 1949) creación de la **República Democrática Alemana**, en el sector administrado por los soviéticos, que selló así la definitiva bipartición del país.

La división de Alemania

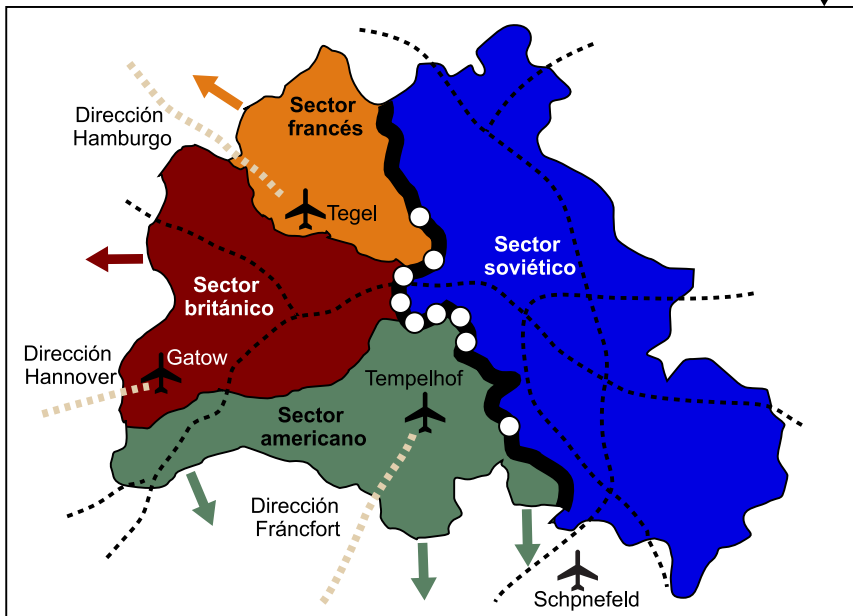


La división de Alemania

- Zona británica
- Zona francesa
- Zona norteamericana
- Zona soviética
- Zona bajo administración polaca
- Línea Oder-Neisse
- Pasillo aéreo durante el bloqueo de Berlín

La división de Berlín

- Muro de Berlín
- Puntos de control del Muro
- Puntos de salida
- Aeropuertos
- Pasillos aéreos
- Ferrocarriles internacionales



El bloqueo de Berlín constituyó un típico enfrentamiento de la guerra fría: la Unión Soviética puso a prueba la firmeza occidental, sin querer llegar a un conflicto armado y absteniéndose de disparar contra los aviones de los anglosajones. Por su parte, Estados Unidos no estuvo dispuesto a abandonar a los berlineses por las consecuencias político-estratégicas que su abandono hubiese podido acarrear, pero tampoco quiso forzar militarmente el bloqueo soviético.

Otra secuela del bloqueo de Berlín fue la constitución, en abril de 1949, de una alianza formal entre los países europeos occidentales y Estados Unidos mediante la firma del **Tratado del Atlántico Norte**. Este paso decisivo fue impulsado sobre todo por los europeos, cada vez más preocupados ante las acciones comunistas en el continente y, sobre todo, ante la presencia en los países del este del poderoso Ejército Rojo (percibido como brazo armado del expansionismo moscovita): los norteamericanos, en cambio, se mostraron bastante más recalcitrantes, ya que, debido a sus antiguas pulsiones aislacionistas, recelaban de un compromiso diplomático que implicara responsabilidades mundiales. Por esta razón, el Tratado configuró una alianza esencialmente defensiva en la que cada Estado –en caso de agresión armada a otro de los miembros– mantenía una amplia libertad de maniobra respecto a eventuales futuras acciones armadas. Pocos años después, en plena **Guerra de Corea** (1952), el Pacto Atlántico se dotó de las estructuras militares que aseguraron su pleno funcionamiento, con lo que se creó así la **Organización del Tratado del Atlántico del Norte** (OTAN).

Tabla

Países miembros de la OTAN, con su fecha de adhesión

| Países miembros | Fecha de adhesión |
|---------------------------|-------------------|
| Bélgica | 04-04-1949 |
| Canadá | 04-04-1949 |
| Dinamarca | 04-04-1949 |
| Estados Unidos de América | 04-04-1949 |
| Francia | 04-04-1949 |
| Islandia | 04-04-1949 |
| Italia | 04-04-1949 |
| Luxemburgo | 04-04-1949 |
| Noruega | 04-04-1949 |
| Países Bajos | 04-04-1949 |
| Portugal | 04-04-1949 |
| Reino Unido | 04-04-1949 |

| Países miembros | Fecha de adhesión |
|---------------------|-------------------|
| Grecia | 18-02-1952 |
| Turquía | 18-02-1952 |
| Alemania (como RFA) | 09-05-1955 |
| España | 30-05-1982 |
| Hungría | 12-03-1999 |
| Polonia | 12-03-1999 |
| República Checa | 12-03-1999 |
| Bulgaria | 12-03-1999 |
| Eslovaquia | 29-03-2004 |
| Eslovenia | 29-03-2004 |
| Estonia | 29-03-2004 |
| Letonia | 29-03-2004 |
| Lituania | 29-03-2004 |
| Rumanía | 29-03-2004 |
| Croacia | 01-04-2009 |
| Albania | 01-04-2009 |

Sucesivamente, y ya bajo la Presidencia de **Eisenhower**, Estados Unidos creó más alianzas en otras regiones del mundo: todas ellas con el objetivo de rodear militarmente el bloque soviético y de estrechar los lazos que unían Washington con otros Estados estratégicamente fundamentales. Nacieron así el **Tratado del Asia del Sudeste** (OTASE) en 1954, que establecía la alianza de los norteamericanos con países como Australia, Nueva Zelanda, Filipinas y Tailandia, y el **Pacto de Bagdad** (1955), entre Turquía, Irán, Irak, Pakistán y el Reino Unido.

Por su parte, la Unión Soviética también estableció su propia red de alianzas militares estratégicas para contrarrestar las acciones norteamericanas: la creación del **Pacto de Varsovia** (1955), efectivamente, constituyó una respuesta a la reciente entrada de Alemania occidental en la OTAN. Aunque la acción soviética fuese más tardía (se puso en marcha solamente después de la muerte de Stalin), el Pacto de Varsovia no fue por ello menos efectivo: las obligaciones de los países miembros (por aquel entonces ya totalmente controlados por Moscú) eran mayores que las de los países de la OTAN, y los estatutos de la alianza preveían que incluso revoluciones o subversiones internas pudieran dar pie a una intervención (garantizando así el derecho a la intervención militar –y a la presencia– del Ejército Rojo en los Estados miembros).

Tabla

Países miembros del Pacto de Varsovia

| Miembros del Pacto de Varsovia |
|---------------------------------------|
| Unión Soviética |
| Bulgaria |
| Checoslovaquia |
| Rumanía |
| Polonia |
| República Democrática Alemana |
| Hungría |
| Albania (retirada en 1968) |

Mientras iban así construyendo o planificando sus propias redes de alianzas, la creciente tensión entre las dos superpotencias hacía sentir sus perversos efectos también en el ámbito interior.

Si en la URSS los últimos años de la dictadura estaliniana se caracterizaron por un aumento implacable de las **purgas** contra cualquier sospechoso de actividades antisoviéticas, también Estados Unidos cayó preso de una verdadera histeria anticomunista (la "**Caza de Brujas**", desatada por el **senador McCarthy** a partir de 1950).

Los norteamericanos, ya afectados por la pérdida de su monopolio nuclear (finalizado con la explosión de la primera bomba atómica soviética en agosto de 1949), se veían cada vez más amenazados también en áreas consideradas de fundamental importancia estratégica, como Asia oriental: allí, la **victoria de Mao** en la Guerra Civil china, seguida por un casi inmediato pacto de amistad entre Pekín y Moscú, se vio como una ulterior prueba del amenazante expansionismo comunista que se manifestó explícitamente en 1950 con el estallido de la guerra de Corea.

La península coreana, antigua colonia japonesa, había sido ocupada en 1945 por la URSS (en el norte) y por Estados Unidos (en el sur), que establecieron en las dos zonas –divididas por el paralelo 38– dos regímenes muy distintos: un Gobierno comunista (con un presidente **Kim Il Sung**) en el norte, y uno filo-occidental (bajo la dictadura de **Syngman Rhee**) en el sur. El líder norcoreano ambicionaba abiertamente reunificar el país y, posiblemente estimulado por Mao y casi seguramente por el propio Stalin, contaba con que Estados Unidos –que había dejado caer a Jiang en China– no intervendría en un área de menor importancia como Corea: así, en junio de 1950, lanzó un ataque sorpresa contra las posiciones surcoreanas. Sin embargo, la reacción de Truman no se

Ved también

Podéis ver el subapartado 4.3 ("La China comunista").

hizo esperar: aprovechando la temporánea ausencia de la URSS del Consejo de Seguridad (los soviéticos boicoteaban las sesiones para protestar contra la decisión de la ONU de seguir reconociendo al de Jiang como Gobierno legítimo chino), el presidente norteamericano logró que Naciones Unidas aprobara una resolución de condena de la invasión y autorizara el envío de una fuerza multinacional, bajo el mando del general MacArthur, para restablecer la situación prebélica. Los soldados de la ONU, después de un exitoso desembarco, derrotaron rápidamente a los norcoreanos, invadiendo su territorio y aproximándose entonces a las fronteras chinas a finales de 1950. Mientras la URSS se abstenía de cualquier intervención directa en el conflicto, Mao vio en el avance norteamericano una explícita amenaza a su recién constituida República Popular: venciendo las dudas de Stalin, autorizó la entrada en Corea de un poderoso ejército de "voluntarios" que hizo nuevamente retroceder a las fuerzas de la ONU.

Por un momento, la tensión pareció que desembocaría en un abierto conflicto nuclear entre los dos bloques: mientras en Estados Unidos la psicosis anticomunista¹ se adueñaba del país, MacArthur solicitaba la autorización presidencial para bombardear con armas atómicas a los chinos.

⁽¹⁾McCarthy denunciaba precisamente en estas fechas la supuesta infiltración comunista en la Administración.

Sin embargo, una vez más prevaleció el **principio de la contención**: Truman cesó a su general y, después de que el frente se estabilizara alrededor del paralelo 38, se llegó en 1953 –gracias sobre todo a la más flexible actitud de los nuevos dirigentes soviéticos que sucedieron al fallecido Stalin– a un armisticio que reestableció la situación de 1950.

2. La carrera nuclear y el nacimiento del Tercer Mundo (1953-1963)

2.1. Fin de los imperios coloniales y surgimiento de los "no alineados"

Mientras las dos superpotencias desarrollaban sus respectivas estrategias, nuevos actores aparecieron en la escena mundial. La crisis de los antiguos imperios coloniales europeos, ya evidente en 1945, desembocó en la **independencia de decenas de nuevos países** en Asia y en África, creando nuevos escenarios conflictivos en estos continentes. Estos nuevos países se vieron así plenamente implicados en el escenario de la guerra fría, convirtiéndose a menudo en los terrenos de enfrentamiento de las superpotencias; sin embargo, y paralelamente, algunos de ellos intentaron romper con este esquema para dar vida a un nuevo **movimiento de "no alineados"**.

Los tiempos y las modalidades del proceso descolonizador, sin embargo, difirieron mucho entre las diferentes metrópolis: mientras los británicos no tardaron demasiado en deshacerse de su imperio, los franceses, en cambio, intentaron retener sus dominios por más tiempo y recurrieron a la intervención armada, lo que acabó por enfrentarlos a la espectacular derrota en Vietnam y a una gravísima crisis política como consecuencia de la guerra de Argelia.

- En Asia, el **Imperio británico** de la India había visto, ya antes de la Primera Guerra Mundial, la formación de una elite ilustrada de ciudadanos indios que apostaban abiertamente por la independencia de su país. A lo largo de los años treinta, el Partido del Congreso (liderado por **Nehru** y por **Gandhi**) y la Liga Musulmana de **Ali Jinnah** habían desafiado al dominio británico, creando en el país una situación sumamente difícil para las tropas inglesas: al acabarse la Segunda Guerra Mundial, los nuevos dirigentes laboristas de Londres no pudieron sino prepararse para otorgar la independencia a su colonia. A pesar de los esfuerzos de Gandhi para mantener la unidad del país, los enfrentamientos entre las comunidades musulmana e hindú y las presiones de Ali Jinnah hicieron inevitable la constitución de dos Estados claramente diferenciados sobre bases religiosas: en 1947, nacieron así –en medio de trágicas matanzas y de gigantescos éxodos de poblaciones– **la India** y **Pakistán**, ambos integrados en la **Commonwealth** británica.

La Commonwealth

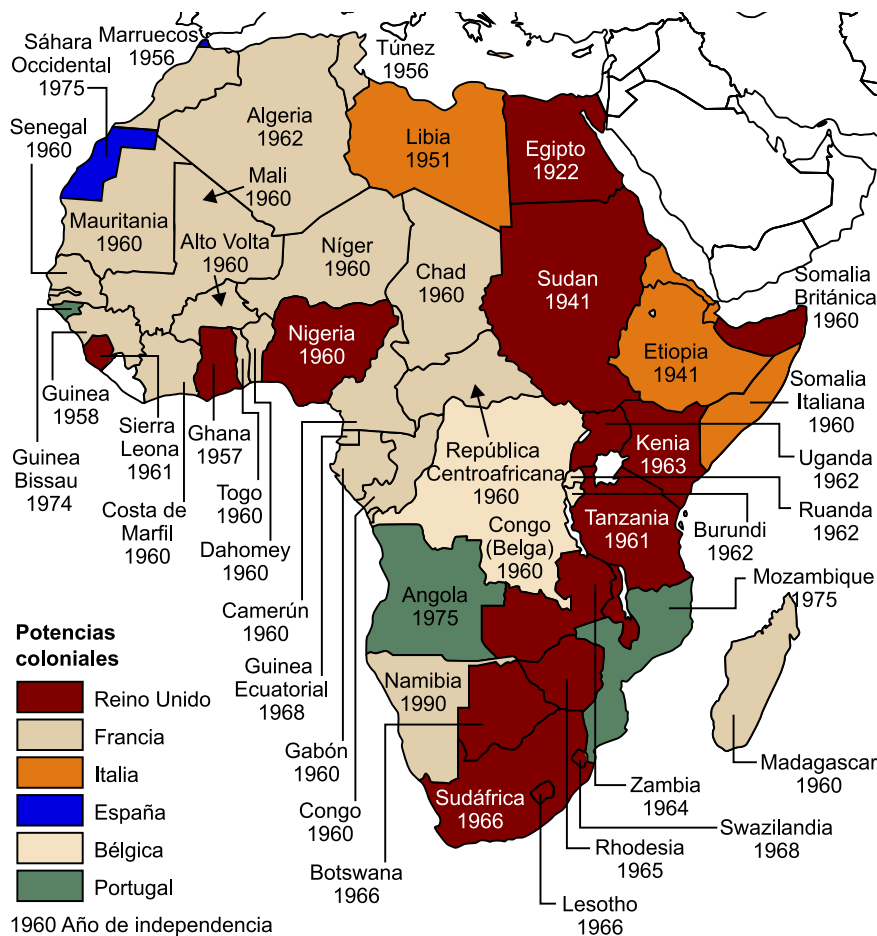
La Mancomunidad de Naciones (o Commonwealth) es una organización creada en 1949 que reúne actualmente a 53 Estados que mantienen lazos históricos con el Reino Unido (la mayoría de ellos son antiguas colonias de Londres).

- En cambio, **Francia** –que ya se había visto forzada a abandonar sus posesiones de Siria y Líbano durante la guerra mundial– intentó retener sus territorios de Indochina también después de 1945. A diferencia de Londres, París apostó en un primer momento por la formación de una Unión Francesa directamente dirigida desde la metrópoli: una asociación en la que, de hecho, el principio de soberanía francesa no estaba en absoluto puesto en discusión. En Indochina, sin embargo, el proyecto fracasó muy pronto por la oposición de los vietnamitas: a finales de 1946, **Ho Chi-Minh**, líder de los comunistas locales, empezó la sublevación general contra las tropas europeas. La Guerra de Indochina demostró la incapacidad de los franceses –a pesar de haber instaurado un Gobierno vietnamita teóricamente autónomo bajo el emperador Bao-Dai– de derrotar a la guerrilla comunista: después de la **derrota de Dien Bien Phu** de 1954, París se vio entonces forzada a reconocer la independencia de **Camboya** y **Laos**. **Vietnam**, que se había convertido en la óptica norteamericana en un bastión de la lucha anticomunista, se dividió en dos Estados: el del norte, bajo la presidencia de Ho Chi-Minh, y el del sur, controlado por un Gobierno nacionalista pro-occidental; una división que sentó las bases para el sangriento conflicto posterior.

El caso de Indonesia

Tampoco la descolonización holandesa en el archipiélago de Indonesia estuvo exenta de violencias. Recuperado el control del territorio después de la invasión japonesa, Holanda – después de años de tentativas sin éxito– intentó doblegar a los rebeldes independentistas de Sukarno por la fuerza: sin embargo, en 1949, las derrotas y la firme oposición de la población a los colonizadores obligaron a los holandeses a retirarse y a conceder la independencia a Yakarta.

La descolonización de África



Pautas similares siguió el proceso descolonizador en África: si los territorios bajo control británico obtuvieron su independencia rápidamente y sin enfrentamientos demasiado sangrientos, mucho más dramático fue el proceso en las antiguas colonias francesas y en los imperios menores: Bélgica, Portugal, España.

Inglaterra, entre 1956 y 1965, abandonó casi todas sus posesiones en el área, logrando por otra parte que los nuevos países independientes mantuvieran sus lazos con la metrópoli mediante su ingreso en la Commonwealth: a pesar de los nefastos efectos de la colonización y de la arbitraria división territorial de los territorios, solamente en Kenia y Rhodesia la retirada británica se vio acompañada de conflictos y violencias. En contraste con la actitud de Londres, Francia –cuando menos en el caso de Argelia– apostó por una estrategia muy distinta que, sin embargo, acabó en un verdadero drama para las autoridades de París. Si bien Marruecos, Túnez y los países del África occidental y ecuatorial obtuvieron su independencia rápidamente y sin que esto causara abiertos conflictos, en Argelia (la posesión francesa más antigua) la lucha entre la metrópoli y las fuerzas locales se prolongó por años en un sangriento conflicto que acabó incluso con la IV República francesa. La radicalización de las autoridades parisinas y de los colonos franceses presentes en África determinó, a finales de los años cincuenta, la explosión de una verdadera "guerra sucia" **contra los nacionalistas argelinos**; cuando –bajo la presión de la opinión pública– el Gobierno de París pareció preparar la retirada, sectores del ejército respondieron preparando un golpe de Estado antirrepublicano. En el caos de mediados de 1958, el general De Gaulle asumió los plenos poderes y estableció una república presidencial en París: a pesar de las esperanzas de los colonos y de los militares –que creían que el héroe de la Resistencia habría satisfecho sus pretensiones–, De Gaulle acabó concediendo la autodeterminación a Argelia en 1962, convencido de la imposibilidad de retener la colonia.

Las colonias de Bélgica, Portugal y España

Igualmente sangriento fue el final de los imperios europeos menores. Bélgica, después de años de explotación del Congo, no supo deshacerse de sus colonias sin derramamientos de sangre: los contrastes entre las facciones, favorecidos por la ambigua actitud de Bruselas, se transformaron en abiertas guerras una vez el país obtuvo la independencia en 1960. El régimen dictatorial portugués, por su parte, intentó mantener brutalmente sus posesiones en Angola y Mozambique (y otros territorios menores) hasta los años setenta: solamente la caída del fascismo en la metrópoli, en 1974, otorgó la independencia a las colonias de Lisboa. Finalmente, si España abandonó Marruecos y Guinea sin demasiadas resistencias, la descolonización del Sáhara occidental, en 1975, llevó a un dramático resultado para las poblaciones autóctonas: atrapado entre las ambigüedades del moribundo franquismo y las ambiciones marroquíes, el pueblo saharauí todavía no ha obtenido el derecho a un Estado propio.

Además de la oposición de las dos superpotencias a la persistencia de los imperios europeos en Asia y África –que se explicitó incluso en la Carta fundacional de la ONU–, un decisivo impulso a la descolonización vino del **Movimiento de Países no Alineados**, surgido a raíz de la **Conferencia de Bandung** (1955).

En la ciudad indonesia, veintinueve países, en principio no pertenecientes a ninguno de los dos bloques (con algunas excepciones), se reunieron para aprobar una resolución en la que se condenaba abiertamente el colonialismo y que se solidarizaba explícitamente con la lucha de liberación de los pueblos del "Tercer Mundo".

Aunque en la conferencia los países se dividieran según tres tendencias (la occidental, la comunista y la propiamente neutral), la reunión marcó la definitiva emergencia, en la escena internacional, de unos nuevos actores que reclamaban la atención del mundo y el ocaso del complejo de inferioridad del **Tercer Mundo** hacia los antiguos colonizadores. En la sucesiva **cumbre de Belgrado** (1961), muchos de los participantes en la Conferencia apostaron decididamente por un papel no subalterno en el enfrentamiento mundial entre Oriente y Occidente: liderados por **Tito, Nasser y Nehru**, los "no alineados" intentaron así llevar a cabo una política de equidistancia entre los dos bloques, aunque a menudo esta equidistancia se viera comprometida por el estallido de conflictos en los que las dos superpotencias desempeñaban un papel relevante.

2.2. La escalada armamentística

La muerte de Stalin en 1953 marcó una cesura fundamental en la historia mundial: el fin del régimen personal del dictador y la llegada al poder de **Nikita Jruschov** se revelaron decisivos tanto por la política exterior del bloque comunista como por la propia política interior soviética. Después de algunos meses de incertidumbre, en los que Beria, Molotov y Malenkov le disputaron el control del Partido, Jruschov logró hacerse con la secretaría de este y dio comienzo a una nueva etapa en la historia de la URSS.

Los planteamientos políticos de la nueva clase dirigente del Kremlin se caracterizaron sobre todo por la voluntad de alejarse de los anteriores postulados estalinianos: en el amplio proceso de renovación interior impulsado por el nuevo líder, el aspecto más evidente y recordado fue la desestalinización. Esta consistió básicamente en la explícita denuncia y condena de los crímenes de Stalin y del culto a la personalidad que se había extendido por todo el país hasta 1953: en un informe secreto presentado en el **xx Congreso del PCUS** (1956), Jruschov no se echó atrás a la hora de expresar su disconformidad con las anteriores prácticas de gobierno.

El **proceso de desestalinización** se extendió por todo el país y también –a pesar de las perplejidades– en los Estados satélites de la URSS, donde se rehabilitaron paulatinamente algunos de los dirigentes que habían sido víctimas de anteriores depuraciones.

Al mismo tiempo, la presidencia de Jruschov se caracterizó también por una **mayor apertura** de cara al exterior, una mayor tolerancia hacia la expresión de nuevas ideas de corte moderadamente reformista (siempre y cuando no pusieran en peligro el régimen) y por la adopción de nuevas prácticas de gobierno más colegiales y menos personalistas, precisamente para evitar los excesos de la dictadura estaliniana.

El proceso renovador de Jruschov, sin embargo, no se limitó a los intentos de reforma interior (que por otra parte se encontraron siempre con fuertes resistencias de los sectores más conservadores del PCUS y del ejército), sino que alcanzó incluso a la política exterior soviética. Mientras Stalin no había cesado de manifestarse convencido de la inevitabilidad de un enfrentamiento armado entre Oriente y Occidente, los líderes del PCUS en la etapa sucesiva apostaron abiertamente por el principio de la "coexistencia pacífica" entre los dos bloques. Esta nueva estrategia tenía mucho que ver con la necesidad, para la URSS, de replantearse su anterior diplomacia e intentar abrir algunas vías de diálogo con el mundo capitalista después de algunas erráticas decisiones estalinianas. Sin embargo –como emerge del estudio de los documentos soviéticos–, la "coexistencia pacífica" no significaba renunciar al paradigma revolucionario-imperial que impregnaba la mentalidad de los dirigentes de Moscú: a menudo se trataba más bien de una estrategia para socavar paulatinamente el poder norteamericano (especialmente en Europa) e imponer la supremacía soviética.

No es de extrañar, entonces, que otra orientación fundamental de la política exterior soviética entre los años cincuenta y sesenta fuese la de prestar una atención mucho mayor a los escenarios extraeuropeos, estrechando lazos con los países que acababan de conquistar su independencia y fomentando el discurso anti-imperialista en vastas áreas del planeta. Todo esto no ocultaba, empero, que los dirigentes moscovitas conociesen perfectamente las **debilidades de la URSS** sobre todo en materia de armamento atómico:

Aunque en posesión de un importante arsenal nuclear (y, a partir de 1955, también de la bomba de hidrógeno), los soviéticos carecían de los bombarderos necesarios para un ataque no-convencional y seguían hallándose expuestos a la amenaza norteamericana.

Lectura recomendada

Vladislav M. Zubok (2008).
Un imperio fallido. Barcelona:
Crítica.

La estrategia de Jruschov, sin embargo, se basaba en ocultar esta debilidad ostentando, en cambio, la fuerza soviética y acompañándola de repetidas advertencias contra Occidente: el líder del Kremlin, con su estilo directo y a veces francamente brutal (tan distinto del frío y calculador Stalin), siguió alternando en sus discursos propuestas de distensión con explícitas amenazas.

De todos modos, a pesar de las aperturas que se dieron bajo el mandato de Jruschov y a pesar, también, de la nueva concepción estratégica soviética, los nuevos dirigentes de Moscú no se plantearon ni por un momento abandonar su férreo control sobre Europa del Este, considerado vital para la seguridad de la URSS. Sin embargo, precisamente la muerte de Stalin y el sucesivo proceso de desestalinización facilitaron la aparición de tensiones en los países del bloque oriental: unas tensiones que, en Berlín Este y en Hungría, explotaron hasta convertirse en abiertos desafíos a la opresión soviética. La dramática situación económica de Alemania oriental –que había de soportar el ingente peso de las reparaciones de guerra exigidas por la URSS– y el rígido control policial del régimen comunista propiciaron, en junio de 1953, la primera revuelta popular abierta contra la hegemonía soviética.

- Los trabajadores de **Berlín Este** declararon una huelga general, llegando a solicitar incluso la dimisión del Gobierno comunista de **Walter Ulbricht**. Mientras las protestas, el 17 de junio, se extendían también a otras ciudades, las autoridades decidieron recurrir a la fuerza para detener lo que se estaba convirtiendo en una abierta sublevación y, con la ayuda de las tropas soviéticas, sofocaron la revuelta. La acción, convenientemente amplificada por las autoridades de Bonn, infligió un duro golpe al mito de la URSS como defensora de los pueblos oprimidos, provocando la primera grieta en el prestigio que gozaba el comunismo en algunos sectores del mundo occidental.
- Mucho más grave y dramática fue, sin embargo, la **revuelta húngara** de 1956. Después de la muerte de Stalin, las nuevas autoridades soviéticas presionaron para un cambio en el Gobierno de Budapest y el estalinista **Rakosi** se vio sustituido por el más moderado **Imre Nagy**. Este, en un primer momento, no se planteaba sino una relación más flexible con Moscú: con todo, su denuncia de la industrialización forzada y la readmisión en el Partido Comunista Húngaro de figuras clave anteriormente depuradas, movieron a la población a la revuelta. En octubre de 1956, los húngaros ocuparon las calles para pedir la democracia y rechazaron los tanques rusos; a los pocos días, Nagy decidió abandonar el Pacto de Varsovia y solicitó la ayuda de la ONU. Sin embargo, mientras Occidente fijaba su mirada en la contemporánea crisis de Suez, y después de muchos titubeos en Moscú, Jruschov decidió aplastar la revolución, enviando las tropas del Pacto a Budapest.

La conquista del espacio

A finales de los años cincuenta, la competición entre Estados Unidos y la URSS se desarrolló también en el ámbito científico y su manifestación más evidente fue la "carrera espacial" entre las dos potencias. La URSS tomó ventaja gracias al lanzamiento del satélite Sputnik (1956) y a la posterior misión de Gagarin (1961), pero Estados Unidos, bajo las presidencias de Kennedy y Johnson, logró recuperar terreno y, en 1969, envió a los primeros hombres a la Luna.

La violentísima represión de los húngaros –de la que fue víctima incluso Nagy– representó una enorme desilusión para muchos intelectuales comprometidos con la causa del socialismo en todo el mundo y, al mismo tiempo, constituyó una seria advertencia a los demás países comunistas para que se abstuvieran de movimientos parecidos.

La nueva estrategia de Moscú, y especialmente las citadas amenazas a las que Jruschov solía recurrir cuando se dirigía al mundo capitalista (amenazas, por otra parte, que Occidente se tomaba muy en serio, ya que precisamente en aquellos años la URSS experimentaba un importante crecimiento económico y un aún más extraordinario desarrollo tecnológico), facilitaron la adopción, por parte de Estados Unidos y de sus aliados, de una orientación diplomática todavía más activa en el escenario internacional sobre todo después de la victoria en las elecciones presidenciales de **Dwight D. Eisenhower** en 1952. El hombre que había sido el comandante supremo de las fuerzas aliadas durante la guerra mundial entró en la Casa Blanca convencido, como muchos de sus colaboradores, de que la "contención" del comunismo propugnada por Truman se había demostrado poco eficaz para plantar cara a Moscú y que el país, y sus aliados, debían plantearse una nueva y más agresiva estrategia. Por esta razón, la Administración norteamericana empezó a poner en marcha –sobre todo por medio de la CIA, que en los años cincuenta experimentó un importante aumento en sus efectivos– toda una serie de operaciones más o menos encubiertas destinadas a vigilar por los intereses de Washington en diferentes áreas del planeta.

El espionaje, la subversión e incluso la organización de golpes de Estado contra regímenes que se consideraban potencialmente peligrosos se convirtieron así en prácticas habituales de la política exterior estadounidense.

Golpes de Estado en Irán y Guatemala

Dos de los casos más conocidos de intervención americana en los asuntos internos de otros países fueron los golpes de Estado que derrocaron los legítimos Gobiernos de Irán y de Guatemala. En 1953, los servicios secretos británicos y norteamericanos abatieron al Gobierno iraní de Mohammed Mossadeq, responsable de haber nacionalizado la industria petrolífera del país, poniendo en perjuicio los intereses de las compañías occidentales: después de la intervención, el sah instauró un brutal régimen policial fiel aliado de Washington. El año siguiente, un golpe de Estado orquestado por la CIA puso fin al Gobierno democrático guatemalteco de Jacobo Arbenz, a su vez culpable de una reforma agraria vista como una infiltración comunista en el hemisferio occidental.

Paralelamente, y mientras se reforzaban los vínculos con los países europeos occidentales (en 1955 el Gobierno alemán de Bonn entró en la OTAN), Eisenhower desarrolló también una nueva concepción estratégica respecto al uso de las armas nucleares. Según el presidente norteamericano, el desarrollo de bombas atómicas cada vez más destructivas era una necesidad imprescindible para Estados Unidos: lejos de abogar por la reducción de los arsenales no-con-

vencionales, Eisenhower declaró abiertamente que su país debía estar preparado para un potencial conflicto aniquilador contra el bloque socialista, intensificando así la **escalada armamentística** estadounidense. Aunque sus declaraciones a menudo respondiesen a la necesidad de contestar a las advertencias de Jruschov, en la óptica de Eisenhower la apuesta por la escalada nuclear debía servir para, en efecto, reducir toda posibilidad de enfrentamiento.

"Eisenhower [...] vivía en una época en la que las armas nucleares habían transformado la guerra total de una simple abstracción en una posibilidad harto real. Y como nadie podía tener la certeza de que las emociones, las fricciones y el miedo no provocaran una escalada de violencia sin fin aun en las guerras limitadas, era imprescindible obstaculizar esta clase de guerras: es decir, «no» prepararse para ellas. He ahí la razón por la que Eisenhower [...] insistiera en prepararse «solo» para la guerra total. Su intención era impedir cualquier tipo de guerra".

John Lewis Gaddis (2008). *La guerra fría* (pág. 82). Barcelona: RBA.

A pesar de su estrategia, en los últimos meses de su mandato Eisenhower se vio repetidamente acusado de escasa efectividad a la hora de contrarrestar la amenaza soviética: así, no es de extrañar que el joven neopresidente **Kennedy**, después de su reñida victoria electoral de 1960, dedicara aún mayor atención a los asuntos internacionales y a la lucha anticomunista. En primer lugar, y en paralelo con una política interior que se proponía ampliar los derechos civiles de la población norteamericana, Kennedy ofreció a los países latinoamericanos una "**Alianza para el Progreso**" con el objetivo de mejorar las condiciones de vida de esas poblaciones y de evitar que se decantaran por el comunismo.

En segundo lugar, el presidente decidió plantar cara explícitamente a los soviéticos, incrementando aún más la capacidad militar de Estados Unidos y continuando su apuesta por la expansión de su arsenal nuclear: en la óptica de Kennedy y de su secretario de Defensa **McNamara**, Norteamérica debía adoptar una postura mucho más contundente para la defensa de sus intereses estratégicos, contrastando la temida expansión del comunismo en todos los escenarios mundiales. Si bien estos planteamientos estratégicos no pudieron desarrollarse completamente, debido al **asesinato de Kennedy** en noviembre de 1963, cierto es que lograron insuflar un nuevo optimismo en la población estadounidense; sin embargo, hay que recordar que precisamente esta aumentada agresividad norteamericana abrió las puertas al sucesivo conflicto de Vietnam y contribuyó a que se gestaran las gravísimas crisis internacionales de principios de los sesenta.

Como ya sucedió en 1948, uno de los focos de crisis fue la dividida ciudad de Berlín. Después de la sangrienta represión de 1953, el régimen policial de Alemania del Este –abandonados en 1956 los postulados estalinistas– había intentado frenar el continuo y masivo éxodo de población hacia el oeste mediante medidas económicas que garantizaran a la población mejores niveles de vida. Sin embargo, los esfuerzos de las autoridades comunistas obtuvieron un éxito muy limitado y la contemporánea y brillante recuperación económica del sector occidental de Berlín no hacía sino evidenciar el fracaso de la RDA.



John Fitzgerald Kennedy
Fuente: http://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:John_F._Kennedy,_White_House_color_photo_portrait.jpg

En esta situación, y constatada la práctica imposibilidad de detener la huida de los alemanes orientales, el Gobierno de **Ulbricht** y de su delfín **Honecker** llevó a cabo un plan que ya anteriormente se había tomado en consideración:

la construcción de una verdadera barrera que aislara a Berlín Oeste del territorio alemán oriental y del sector Este de la ciudad.

El tristemente célebre **Muro de Berlín** –construido en pocos días en el verano de 1961– cumplió de hecho con su función paralizando los éxodos hacia Occidente, pero al precio de transformarse en un símbolo de la opresión de los regímenes comunistas y de su fracaso político, económico y social. A pesar de que Jruschov, en un primer momento, se opuso a la construcción del Muro, los soviéticos acabaron aceptándola como mal menor frente a la lenta disgregación de la RDA; por su parte, los norteamericanos se precipitaron a denunciar –con un famoso discurso de Kennedy pronunciado en 1963 justamente en Berlín Oeste– la maniobra comunista. Cabe, sin embargo, decir que, a pesar de su beligerante retórica, la Casa Blanca no se planteó ni por un momento una intervención armada contra el Muro, fiel esta vez al principio de la coexistencia pacífica.

"No es una solución agradable –reconoció Kennedy– pero un muro es mil veces mejor que una guerra".

John Lewis Gaddis. *La guerra fría* (pág. 28). Barcelona: RBA.

Discurso de Kennedy en Berlín, 11 de junio de 1963

"Dos mil años hace que se hiciera alarde de que se era «*Civis Romanus sum*». Hoy en el mundo de la libertad se hace alarde de que «*Ich bin ein Berliner*».

Hay mucha gente en el mundo que realmente no comprende o dice que no lo comprende cuál es la gran diferencia entre el mundo libre y el mundo comunista. Decíles que vengan a Berlín.

Hay algunos que dicen que el comunismo es el movimiento del futuro. Decíles que vengan a Berlín.

Hay algunos que dicen en Europa y en otras partes «nosotros podemos trabajar con los comunistas». Decíles que vengan a Berlín.

Y hay algunos pocos que dicen que es verdad que el comunismo es un sistema diabólico pero que permite un progreso económico. Decíles que vengan a Berlín.

La libertad tiene muchas dificultades y la democracia no es perfecta. Pero nosotros no debemos poner un muro para mantener a nuestro pueblo, para prevenir que ellos nos dejen. Quiero decir en nombre de mis ciudadanos que viven a muchas millas de distancia en el otro lado del Atlántico, que a pesar de esta distancia de vosotros, ellos están orgullosos de lo que han hecho por vosotros, desde una distancia en la historia en los últimos 18 años. [...].

Mientras que el muro es la más obvia y viva demostración del fracaso del sistema comunista, todo el mundo puede ver que no sentimos ninguna satisfacción en ello, para nosotros, como ha dicho el alcalde, es una ofensa no solo contra la historia, sino también una ofensa contra la humanidad, separando familias, dividiendo maridos y esposas y hermanos y hermanas y a la gente que quiere vivir unida. [...].

Vosotros vivís en una defendida isla de libertad, pero vuestra vida es parte de lo más importante. Permitidme preguntaros a vosotros, como yo concluyo, elevando vuestros ojos por encima de los peligros de hoy y las esperanzas de mañana, más allá de la libertad

meramente de esta ciudad de Berlín y de todos los pueblos de Alemania que avanzan hacia la libertad, más allá del muro, hacia el día de la paz con justicia, más allá de vosotros o nosotros, de toda la humanidad.

La libertad es indivisible y cuando un hombre es esclavizado ¿quién está libre? Cuando todos son libres, ellos pueden mirar a ese día, cuando esta ciudad está reunida y este país y este gran continente de Europa esté en paz y esperanza.

Cuando ese día finalmente llegue y la gente del Berlín occidental pueda tener una moderada satisfacción en el hecho de que ellos están en la línea del frente casi dos décadas.

Todos los hombres libres, dondequiera que ellos vivan, son ciudadanos de Berlín. Y por lo tanto, como hombres libres, yo con orgullo digo estas palabras «*Ich bin ein Berliner*».

Fuente: <http://www.historiasiglo20.org/TEXT/kennedyberlin.htm>.

Teatro de la crisis más grave de la guerra fría fue, sin embargo, la isla de **Cuba**, donde la Revolución de 1959 había modificado radicalmente los equilibrios de poder en Latinoamérica. El "patio trasero" de Estados Unidos, después de 1945, se hallaba dominado por reducidas y poderosas oligarquías que mantenían su firme poder sobre las masas cada vez más empobrecidas: Gobiernos autoritarios, como el de **Vargas** en Brasil, se contaban entre los más firmes aliados de Washington y, en los años cincuenta, procuraban evitar cualquier posible expansión comunista en la zona.

En este panorama en apariencia estable, un pequeño grupo de rebeldes mal armados y guiados por los carismáticos **Fidel Castro** y **Ernesto "Che" Guevara** logró desafiar abiertamente la dictadura cubana de **Fulgencio Batista**, conquistando además el apoyo de la opinión pública mundial y de la propia isla gracias a su programa reformista y patriótico.

En un primer momento, Washington no se mostró radicalmente contraria a los rebeldes y dejó de apoyar a Batista, obligándolo a abandonar el país y decretando el triunfo de la revolución. Sin embargo, las primeras medidas económicas de Castro inquietaron por completo a la Casa Blanca, que empezó a boicotear abiertamente al nuevo Gobierno cubano: Castro no tuvo entonces más remedio que apoyarse en la URSS (deseosa de abrir una grieta en el dominio norteamericano del continente) y acabó por decantarse abiertamente por el comunismo.

Mientras el ejemplo de la victoria castrista sirvió de estímulo, a lo largo de la década siguiente, a toda una serie de **movimientos revolucionarios de inspiración marxista** que intentaron derrocar los regímenes autoritarios de América Latina, el desafío cubano en un sector de vital interés estratégico llevó a un embargo total de Estados Unidos y a la ruptura total entre La Habana y Washington. La Administración Kennedy no escatimó así ningún esfuerzo para derrocar al régimen cubano, llegando –en abril de 1961– a organizar un intento de invasión de la isla protagonizado por exiliados anticastristas: el fallido desembarco en **Bahía Cochinos**, además de representar un serio revés para Estados Unidos, empujó aún más a Cuba hacia la URSS. Sintiendo amenazado en su seguridad, Castro solicitó la ayuda militar de los soviéticos, quienes

en 1962 enviaron importantes suministros de armas a la isla. Cuando los vuelos espía norteamericanos descubrieron la existencia de misiles rusos instalados en Cuba, en el mes de octubre, se desencadenó la **crisis**: Kennedy impuso una cuarentena al tráfico de armas hacia la isla, amenazando con abiertas represalias en el caso de que los soviéticos no retiraran enseguida sus misiles. Mientras el mundo esperaba con ansiedad, y frente a la resolución norteamericana, Jruschov finalmente se doblegó a la presión, ordenando la retirada del armamento soviético y obteniendo a cambio la renuncia norteamericana a los intentos de invasión de Cuba. La solución de la crisis –que suponía también el desmantelamiento de los misiles norteamericanos que, desde Turquía, apuntaban a la URSS– representó un indudable éxito para la Casa Blanca, pero puso en gran dificultad a Jruschov, tanto en Cuba (que se sentía traicionada) como en la propia Unión Soviética (donde la retirada se vio como una derrota estratégica) y contribuyó finalmente a su posterior destitución como supremo mandatario del Kremlin (1964).

La razón fundamental de la solución de la crisis se hallaba en el verdadero pánico de ambas superpotencias a una guerra nuclear de consecuencias catastróficas, que había que evitarse a cualquier precio: la "Mutua Destrucción Garantizada", en caso de un conflicto no convencional, pareció representar a partir de entonces la mejor garantía para evitar dicho conflicto.

3. De la "coexistencia pacífica" a la distensión (1964-1976)

3.1. El camino de la distensión

A partir de la segunda mitad de los años sesenta, empezaron a darse las condiciones para una nueva y más constructiva relación entre los dos bloques enfrentados, que superara la etapa de la mera "coexistencia pacífica" y evitara el surgimiento de crisis potencialmente destructivas como la de Cuba. Diferentes factores favorecieron el proceso que, finalmente, desembocó en la distensión de principios de los setenta: la voluntad de algunos Estados europeos occidentales de suavizar la rígida bipartición continental, la nueva política llevada a cabo por los mandatarios del Kremlin y –no menos importante– el cambio de rumbo de la diplomacia norteamericana después de las dificultades internacionales de la Presidencia de Johnson.

Ascendido a la Casa Blanca después del trágico asesinato de Kennedy, **Lyndon Johnson**, en los cinco años de su mandato, intentó mantenerse fiel al espíritu y a las políticas de su predecesor. Convencido asertor del sueño kennedyano de una "Nueva Frontera" en la que Estados Unidos recuperase su orgullo y construyese un país más justo para todos, Johnson puso todo su empeño en la realización de la que él denominó la "Gran Sociedad". Las bases de este discurso progresista radicaban en toda una serie de reformas (sociales, sanitarias, económicas) que se proponían eliminar la pobreza y la injusticia en Estados Unidos y que, gracias a su triunfo electoral en 1964, Johnson pudo efectivamente poner en marcha a lo largo de su presidencia.

Sin embargo, los logros de Johnson en política interior quedaron ensombrecidos por la creciente implicación norteamericana en el **conflicto vietnamita**, que, finalmente, acabó con la carrera política del presidente. La división de Vietnam en dos Estados, después de la retirada francesa, debía representar una solución provisional antes de una futura reunificación; no obstante, las presiones del norte, la existencia de un importante movimiento guerrillero apoyado por los comunistas en el sur (el Vietcong), la debilidad intrínseca del corrupto régimen del sur y las concepciones estratégicas norteamericanas y soviéticas transformaron el país en el escenario de una guerra cruel. Washington intentó sostener el Vietnam del Sur con todos los medios a su disposición a lo largo de casi diez años, enfrentándose sin éxito a la eficaz guerrilla del Vietcong (que controlaba más de la mitad del territorio survietnamita): convencido de la validez de la "Teoría del dominó" –según la cual si un país entraba a formar parte del bloque comunista acabaría arrastrando a todos los otros Estados de la misma región–, Johnson apostó abiertamente por una escalada militar en Indochina, bombardeando repetidamente Vietnam del Norte y en-

La lucha por los derechos civiles

Núcleo fundamental de la concepción de Johnson fue la lucha a favor de la extensión de los derechos civiles de la población afroamericana, que, todavía en los años sesenta, padecía una abierta discriminación racial. Mientras personajes carismáticos como Martin Luther King y Malcolm X agitaban la conciencia de la nación, Johnson logró eliminar las barreras raciales que aún seguían vigentes, sentando las bases para la definitiva integración de todos los ciudadanos en la vida del país.

viando a miles de soldados a encontrar la muerte en las junglas de Indochina. A pesar de todo, el Vietcong, continuamente apoyado por el régimen del norte (a su vez armado por el bloque socialista) seguía acosando a los americanos y a sus aliados vietnamitas: mientras la contestación a la guerra invadía las calles norteamericanas (y europeas), resultaba harto claro que el esfuerzo de Estados Unidos resultaba ineficaz para ganar una guerra que se estaba convirtiendo en la pesadilla de una generación y que se hacía necesario un nuevo enfoque estratégico para salir del atolladero vietnamita.

La tarea del nuevo presidente **Nixon**, a partir de 1969, fue precisamente la de enfrentarse a este nuevo desafío, buscando al mismo tiempo soluciones para la crisis interior y económica de su país.

- En primer lugar, el presidente intentó responder a la creciente **contestación juvenil** intentando recuperar la confianza de amplios sectores de la población en los tradicionales valores norteamericanos y apelando directamente a aquellas "clases medias" que recelaban de los movimientos estudiantiles y de la contracultura.
- En el **terreno económico** Nixon –frente a la crisis que golpeó el sistema capitalista occidental– se vio obligado a devaluar el dólar y a separarlo del patrón oro sin lograr, por otra parte, que la economía norteamericana volviera al crecimiento anterior.
- Más exitosa, en cambio, fue su **política exterior**, en la que –junto con su consejero **Henry Kissinger**– se dejó guiar por principios de *realpolitik*. Nixon no dejó nunca de cuidar los tradicionales intereses norteamericanos (como demostró favoreciendo abiertamente, en 1973, el derrocamiento del Gobierno progresista chileno de Allende, que, en la óptica de Washington, se estaba deslizando demasiado hacia el marxismo), pero al mismo tiempo se mostró disponible a inéditos gestos de apertura hacia los adversarios de Estados Unidos, llegando a un clamoroso acuerdo con la China de Mao y abriendo el camino a la distensión con la Unión Soviética.

De hecho, la nueva dirección colegial que asumió el poder en la URSS después de la caída de Jruschov (al lado de **Brezhnev** ocupaban cargos relevantes también **Alekséi Kosygin** y **Nikolái Podgorni**) se había esforzado desde el principio para imprimir un cambio de rumbo en la política soviética. Los líderes del Kremlin conocían perfectamente los problemas de su país, especialmente en el ámbito económico, e intentaron racionalizar parcialmente el esfuerzo industrial soviético, dedicando mayor atención a la producción de bienes de consumo y a la agricultura –verdadero talón de Aquiles de la URSS–. Sin embargo, y a pesar de algunos modestos resultados, sus esfuerzos acabaron fracasando: la producción agraria continuaba resultando insuficiente (la URSS se vio incluso obligada a importar alimentos), el peso del ejército hacía muy difícil reducir la inversión armamentística, una burocracia omnipresente y conservadora obs-

taculizaba cualquier esfuerzo de reforma y de racionalización y, en general, la **estructura económica soviética** se revelaba cada día más anticuada e **incapaz de competir con el capitalismo occidental**.

Las tímidas reformas de la primera etapa brezhneviana dejaron así el paso a una época de estancamiento y de verdadero agotamiento económico, con unos índices de producción que resultaban –en los años setenta– absolutamente insuficientes y que resultaban la mejor prueba de la crisis del sistema soviético.

Este cuadro rígido y gris precedía a la creciente desmoralización de la propia sociedad de la URSS: después de las parciales liberalizaciones que se habían dado en la etapa de Jruschov, la nomenklatura del Kremlin volvió a imponer un estricto control sobre la población, persiguiendo abiertamente a los disidentes, cerrando los espacios de discusión públicos y decepcionando a quienes esperaban cambios o aperturas.

La creciente desafección –o incluso hostilidad– de las poblaciones hacia el sistema comunista, y el estancamiento económico (aunque a veces menor que en la propia URSS) eran características comunes también a todos los países de Europa del Este. De aquí que, tanto en las clases dirigentes como en algunos sectores de la ciudadanía, se sintiera la evidente necesidad de introducir reformas en un sistema que estaba demostrando, con el paso del tiempo, toda su ineficacia y fragilidad intrínseca. Sin embargo, los intentos de reforma más tímidos chocaban una y otra vez con la rigidez de unas estructuras que necesitaban de cambios importantes, mientras los movimientos reformistas más radicales acababan por entrar en conflicto con los intereses estratégicos de Moscú, con lo que estaban así destinados al fracaso.

Es este el caso del intento de reforma del socialismo que se dio en Checoslovaquia en la segunda mitad de los años sesenta (la llamada "Primavera de Praga"): estimulados por el nuevo jefe del Partido Comunista, Alexander Dubcek, los ciudadanos empezaron una larga fase de debates y de discusiones que, en la óptica del propio Dubcek, debían favorecer la aparición y la aplicación de un nuevo modelo de socialismo (el "socialismo de rostro humano"). Este nuevo modelo no cuestionaba ni el papel-guía del Partido Comunista, ni la alianza de Checoslovaquia con la URSS, sino que proponían básicamente mayores libertades (en la prensa, en la cultura) y una mayor participación ciudadana en los asuntos públicos.

A pesar de las repetidas afirmaciones en sentido contrario hechas por los dirigentes checoslovacos, incluso estos cambios podían representar una amenaza en la visión geoestratégica soviética: temerosa de que Praga se decantara finalmente por el capitalismo, la URSS –junto con otros países del Pacto de Varsovia– **invadió Checoslovaquia** el 20 de agosto de 1968, y puso fin por la fuerza al experimento reformista de Dubcek.

Frente a un sistema que se tambaleaba, tanto en el interior como en los países del Pacto de Varsovia, la apuesta de Brezhnev por la distensión pareció representar una garantía de seguridad para el Kremlin. En primer lugar, normalizar las relaciones con Estados Unidos y reducir los recíprocos arsenales nucleares racionalizaba y reducía el riesgo de enfrentamientos armados y de crisis como la de los misiles cubanos. En segundo lugar, la construcción de una nueva relación con Occidente disminuía el peligro de un aislamiento de Moscú a raíz del acercamiento chino-norteamericano. Finalmente, y aún más importante en la óptica del Kremlin, la distensión constituía una implícita aceptación, por parte de Occidente, tanto de la fuerza militar soviética como de su esfera de influencia.

Un ulterior impulso al acercamiento entre las dos superpotencias llegó desde Europa occidental, donde los movimientos diplomáticos del presidente francés De Gaulle y del canciller alemán Brandt contribuyeron a modificar la anterior lógica de enfrentamiento.

- **De Gaulle**, intentando reconstruir la antigua *grandeur* de su país, se propuso recuperar unos espacios de maniobra autónomos en el interior del bloque occidental: hablando de un espacio europeo que se extendía "del Atlántico a los Urales" que rompiera la rígida bipartición continental, llegó en más de una ocasión a abiertos enfrentamientos con Washington (sobre todo con ocasión de su polémica retirada de la OTAN).
- Por su parte, **Willy Brandt**, elegido en 1969 y jefe del primer Gobierno socialdemócrata de Alemania occidental, fue el principal impulsor de la llamada *östpolitik*, el intento de llegar a una normalización de las relaciones entre las dos Alemanias y, por consecuencia, entre los dos bloques de la guerra fría. Brandt renunció a los postulados que habían dominado hasta entonces la política de la República Federal (no reconocimiento de Alemania oriental, no reconocimiento de las fronteras internacionales de 1945) y apostó abiertamente por un camino de pacificación, además de aumentar los intercambios comerciales con los países socialistas: en su óptica, la distensión y la mejora de las condiciones económicas podían servir para mitigar la decepción que el reconocimiento de la intangibilidad de las fronteras pudiese causar en la población alemana.

El eurocomunismo

Uno de los intentos más originales de superar el rígido esquematismo de la guerra fría fue el que cumplieron tres de los grandes partidos comunistas de Europa occidental hacia mediados de los años setenta. El denominado eurocomunismo, propugnado por el PCI

La Doctrina Brezhnev

Para justificar retrospectivamente la invasión de Checoslovaquia, los líderes soviéticos recurrieron, a finales de 1968, a una teoría política llamada desde entonces "Doctrina Brezhnev". Esta afirmaba que, en el caso de que un Estado del bloque oriental abandonara el "socialismo" y se decantara por el "capitalismo", la cuestión dejaba de ser un asunto del país en sí y se convertía en un problema común de todos los países comunistas. En la práctica, la doctrina reafirmaba el derecho de la URSS a intervenir en los asuntos internos de los países-satélite, puesto que solo Moscú podía definir qué eran el "socialismo" y el "capitalismo".

Lectura sugerida

Javier Tusell (1979). *Eurocomunismo en España*. Madrid: Fundación Humanismo y Democracia.

italiano de Enrico Berlinguer, por el PCF francés de Georges Marchais y por el PCE español de Santiago Carrillo (ilegal hasta 1977), se caracterizaba por su voluntad de insertar plenamente los respectivos partidos en la lógica parlamentaria de las sociedades occidentales, ensanchando las bases de su consenso para llegar a gobernar democráticamente. A esto se acompañaba una crítica cada vez más abierta hacia el papel de la URSS como guía de los movimientos marxistas internacionales y la apuesta por la construcción de un socialismo sobre bases nacionales que no estuviera ligado a los dictámenes de Moscú. Sin embargo, la crisis generalizada del comunismo en los años ochenta provocó el final del movimiento: el declive experimentado por los tres partidos acabó por empujarlos hacia posiciones más propiamente socialdemócratas o –como en el caso francés– por facilitar su regreso a la órbita de Moscú.

A finales de los sesenta, el momento era entonces propicio para una bajada de la tensión entre los dos bloques enfrentados. El pragmatismo de Nixon encontró un natural aliado en la voluntad brezhneviana de hallar alguna vía de implícito reconocimiento por parte de Occidente; además, acuerdos bilaterales que pudiesen dar paso a un mundo más pacífico podían servir, en la óptica de ambos contendientes, para rebajar la contestación que amenazaba la estabilidad interior y para fortalecer los bandos en las respectivas esferas de influencia. Estados Unidos y la Unión Soviética, en definitiva, se hallaban dispuestos a encontrar algún tipo de *modus vivendi* con el enemigo, aun si esto suponía renunciar –cuando menos de momento– a las anteriores ambiciones de derrotar al adversario y aun cuando este *modus vivendi* no hiciera sino congelar el statu quo, en contra de las expectativas europeas.

Los dos líderes, después de varias cumbres preparatorias –que llevaron por primera vez a un presidente norteamericano a la URSS–, abrieron el camino a una nueva fase en las relaciones de sus países: una fase que, al lado de intercambios comerciales y científicos antes impensables, se caracterizó sobre todo por el recíproco compromiso a la reducción de los armamentos estratégicos. Fruto de este compromiso fue la firma de los **acuerdos SALT I** en 1972, en los que Estados Unidos y la Unión Soviética pactaron una histórica limitación de sus arsenales nucleares. También el desarrollo del conflicto vietnamita se vio afectado por el nuevo marco diplomático mundial: si en un primer momento Nixon había decidido extender la guerra a otros países de la región (Laos y Camboya) intensificando los bombardeos sobre Vietnam del Norte, el acercamiento entre Washington y Moscú, y la nueva relación de Estados Unidos con China propiciaron la firma de los acuerdos de paz de París, a raíz de los cuales los americanos se retiraron de Indochina. (Acuerdos que, sin embargo, no garantizaron, como esperaba Nixon, la supervivencia del régimen del sur, ya que en 1975 una ofensiva general norvietnamita llevó a la caída de Saigón y a la reunificación del país bajo los comunistas).

Con todo, el fruto más significativo –y más polémico– del proceso de distensión fueron los **acuerdos de Helsinki**, firmados en 1975 como acta final de la Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en Europa. La iniciativa en la convocatoria de la conferencia se debió principalmente a la URSS, que buscaba –y obtuvo– el reconocimiento de la intangibilidad de las fronteras europeas existentes (e implícitamente el reconocimiento de su posición de dominio sobre los países del Este): el statu quo continental se veía entonces ratificado incluso formalmente, en un proceso que parecía acabar con las esperanzas de superar la bipartición nacida en 1945. Sin embargo, y contrariamente a las previsiones de un Brezhnev que empezaba a padecer graves problemas de salud, el acuerdo acarreó consecuencias no previstas por la diplomacia soviética: el compromiso de todos los firmantes a respetar los **derechos humanos** se convirtió en un bumerán para la propia URSS, ya que a partir de ese momento los disidentes anticomunistas de los países del este hicieron de dicho compromiso un manifiesto de sus reivindicaciones.

Si a esto añadimos que las dimisiones de Nixon habían propiciado el ascenso, en Estados Unidos, de políticos más comprometidos con la causa de los derechos humanos y menos propicios a soluciones de compromiso basadas en la *realpolitik*, se puede fácilmente entender por qué, al final, la distensión se vio abocada al fracaso y por qué ambas superpotencias –una URSS decepcionada y unos Estados Unidos mucho más duros en sus posturas– retomaron el camino de la confrontación.

3.2. Los conflictos de Oriente Medio

Mientras Estados Unidos y la Unión Soviética empezaban a abrir el camino de la **distensión**, la cuestión del Oriente Medio –el legado más trágico y duradero de la colonización occidental– volvió a proponerse con toda su gravedad a la atención del mundo a raíz de los **conflictos entre árabes e israelíes**.

Ya en los años treinta, en la **Palestina** bajo mandato británico, se estaban poniendo las bases del sucesivo drama: la cada vez más masiva inmigración judía empezaba a dar lugar a feroces enfrentamientos con la población árabe autóctona, sin que las autoridades coloniales inglesas lograran frenar la espiral de violencia. Después de 1945 –con el mundo conmocionado por el descubrimiento del Holocausto–, la situación se hizo de hecho insostenible: a las ambiciones de los judíos de constituir en Palestina un Estado propio se oponían las resistencias de unos árabes que deseaban poner fin a la tutela occidental. El Gobierno de Londres, incapaz de solucionar el problema, se retiró en 1948 de su mandato, dejando en manos de la ONU la cuestión: esta, a su vez, optó por una bipartición del territorio palestino mediante la creación de dos Estados, Israel y Palestina. Sin embargo, la solución encontró la inmediata oposición de los países árabes, que atacaron el neonato Estado judío: la contundente victoria de Israel (cuyo Gobierno fue reconocido enseguida por la URSS y por Estados Unidos) aseguró a este un territorio mucho más extenso respecto al proyecto de bipartición y dio origen a la diáspora de los palestinos, desposeí-

El Watergate

A pesar de sus éxitos en la política exterior, fue un asunto interior lo que causó la caída de Nixon en 1974. Después del descubrimiento de un robo en la sede del Partido Demócrata en Washington, se destacó un escándalo político cuando se supo que el propio presidente había autorizado escuchas ilegales de sus adversarios: las iniciales mentiras de Nixon fueron desmentidas por la prensa y en 1974 –por primera vez en la historia– Estados Unidos vio dimitir a su presidente.

Lectura recomendada

Antoni Segura (2001). *Más allá del Islam*. Madrid: Alianza Editorial.

dos de sus tierras. El trauma de la derrota facilitó, por otra parte, la aparición de un nuevo movimiento nacionalista radical (laico y socialista) en muchos países árabes de la región, deseosos de acabar con la influencia de las monarquías tradicionalistas y de los países occidentales: el ejemplo más conocido de este movimiento es el de los **Oficiales Libres**, que, en el Egipto de 1952, derrocaron al rey estableciendo una república bajo el control de **Nasser**. Mientras también en Siria una coalición nacionalista radical tomaba el poder, la región empezaba a integrarse en el escenario de la guerra fría, con la aproximación de El Cairo y de Damasco a la URSS y la apuesta pro-occidental de Turquía e Irán. En este contexto, la decisión egipcia de nacionalizar el estratégico Canal de Suez, en 1956, desembocó en la Segunda Guerra árabe-israelí: apoyadas por fuerzas franco-británicas, las tropas de Israel atacaron victoriosamente las posiciones egipcias en el Canal y en el Sinaí. Sin embargo, la decidida reacción de la URSS y Estados Unidos (siempre contrarios a un colonialismo europeo que mal toleraba la pérdida del lucrativo control del Canal) forzó el cese del fuego, garantizando un importante éxito moral al régimen de Nasser y restableciendo los confines de 1948: mientras tramontaba para siempre la era de los imperios coloniales, Washington y Moscú se imponían como actores fundamentales también en una región en la que Israel empezaba a desempeñar un papel estratégico de primer plano. La tensión entre el Estado judío y sus vecinos árabes no amainó tampoco en la década siguiente. El régimen de Nasser, después del éxito propagandístico de 1956, veía cómo su influencia en la zona iba creciendo con el paso del tiempo: su apuesta laica y socialista –y su alianza estratégica con una URSS que se aprovechaba de todos los movimientos anticolonialistas del Tercer Mundo– le garantizaban así la abierta hostilidad de Estados Unidos y de las monarquías conservadoras del Golfo Pérsico. Al mismo tiempo, las relaciones de Israel con sus vecinos se deterioraban cada vez más: el Gobierno de Tel Aviv se sentía amenazado por las posturas radicales de Egipto, Siria e Irak, mientras que los países árabes esgrimían y utilizaban la causa palestina para manifestar su total rechazo a Israel. En esta situación cada vez más tensa, en junio de 1967 Israel lanzó un ataque por sorpresa contra Siria, Jordania y Egipto y destrozó en seis días a las fuerzas enemigas (armadas por la URSS) y se anexionó, de hecho, Cisjordania, los altos del Golán y la península de Sinaí: mientras los palestinos refugiados en estos territorios padecían una nueva ocupación (empezando también a organizarse políticamente bajo el liderazgo de **Arafat** y a recurrir a violentos atentados terroristas), los países árabes sufrían una derrota dramática que puso, de hecho, fin al experimento político de Nasser. El sucesor de este último a la presidencia de Egipto, **Anwar el Sadat**, replanteó totalmente la estrategia de su país y supo jugar hábilmente con el bipolarismo de la guerra fría para conseguir sus objetivos. Para reconstruir la confianza árabe, Egipto lanzó, junto con Siria, un ataque sorpresa contra Israel (1973, Guerra de Yom Kippur), que, a pesar de la posterior contraofensiva, traumatizó al Estado judío y creó una situación propicia para un radical cambio de alianzas en El Cairo. Sadat abandonó, poco después, la tradicional amistad con la URSS y buscó el apoyo norteamericano para que Israel le devolviera el Sinaí ocupado desde 1967, según el principio de "**paz a cambio de territorios**" que aquí vio su primera aplicación. Israel, presionado

también por Estados Unidos, que se había erigido en su principal protector, aceptó los términos del pacto y llegó a un acuerdo diplomático con Egipto en 1978 (**Acuerdos de Camp David**): Moscú perdía así a su principal aliado en el escenario medio-oriental, mientras Washington se convertía también allí en la potencia dominante.

Mientras Israel empezaba a llevar a cabo la polémica colonización de los territorios ocupados de Gaza y de Cisjordania, enfrentándose a los palestinos incluso en sus bases en el Líbano devastado por la guerra civil, a finales de los setenta un nuevo foco de tensión se abrió en Irán. Allí, en 1979, una revolución había derrocado al despótico Gobierno del **sha** y había instaurado un régimen autoritario islámico bajo el liderazgo del **ayatolá Jomeini**: este rompió de inmediato la tradicional alianza con Estados Unidos (sin por otra parte ahorrar críticas al "materialismo" soviético) y empezó a fomentar la aparición de grupos radicales en toda la región en nombre de la lucha contra occidentales e israelíes. La dictadura laica y de corte socialista de **Sadam Hussein** en Irak intentó aprovecharse de la supuesta debilidad del nuevo régimen iraní, invadiendo el país en 1980 y empezando una atroz guerra de desgaste que se saldó sin vencedores en 1988. Desde el principio, la agresión iraquí obtuvo el respaldo tanto de la URSS –tradicional aliada de Bagdad y preocupada por la posible desestabilización de sus regiones musulmanas a raíz del discurso radical de Jomeini–, como de Estados Unidos y de los países occidentales, que proporcionaron abundante armamento a Sadam para que acabara con la amenaza iraní. La guerra representó así una evidente ruptura en el tradicional escenario de la guerra fría, puesto que ambas superpotencias se decantaron abiertamente por el mismo bando y no extendieron al conflicto del Golfo Pérsico su tradicional enfrentamiento.

4. Enfriamiento de relaciones y caída del comunismo (1976-1991)

4.1. La nueva escalada de la tensión

Hacia finales de los años setenta, el proceso de distensión entre las dos superpotencias parecía haberse paralizado irremediamente: mientras las negociaciones sobre una nueva reducción de los armamentos estratégicos (**acuerdos SALT II**) no lograban progresar, las acciones soviéticas en el Tercer Mundo y la creciente frialdad de la nueva Administración norteamericana de **Carter** preparaban de hecho el camino para otra etapa de enfrentamiento.

No es de extrañar que la necesidad de un cambio profundo empujara hacia la Casa Blanca al demócrata Carter: los Estados Unidos de 1976, aunque siguieran siendo la primera potencia mundial, parecían estar sumergidos en una importante crisis moral y política causada por toda una serie de acontecimientos (caso Watergate, derrota en Vietnam, dificultades económicas) que habían socavado la confianza de los norteamericanos en su Gobierno.

Después del pragmatismo nixoniano, el nuevo presidente se propuso reconstruir una nueva política centrada sobre todo en el respeto de los derechos humanos, lo que llevó, gradualmente, a un enfriamiento de las relaciones con la URSS y, de hecho, al mencionado final del proceso de distensión.

Sin embargo, y a pesar de éxitos como la paz entre Israel y Egipto, la imagen de la presidencia se vio irremediamente afectada por algunas graves crisis internacionales (como la de los rehenes en Irán, secuestrados por los militantes del nuevo régimen islámico durante más de un año) que garantizaron a Carter las acusaciones de llevar a cabo una política exterior errática y débil y allanaron el camino para su derrota electoral de 1980.

A dichas acusaciones contribuyó también la mencionada implicación –directa o indirecta– de la URSS en una serie de agotadores conflictos en el Tercer Mundo, apercibida en Washington como una nueva fase expansionista de Moscú. La participación soviética en estas guerras lejanas no obedecía, sin embargo, a necesidades estratégicas básicas ni a la voluntad de expandir el área de influencia comunista, sino más bien a una mal interpretada concepción de solidaridad internacional que obligaba a la URSS, en la visión de sus líderes, a solidarizarse con los movimientos antiimperialistas del Tercer Mundo. Esta interpretación, que se acompañaba de un equivocado análisis sobre la decadencia

de Estados Unidos después de la derrota de Vietnam, acabó así por arrastrar a los soviéticos en interminables contiendas en África y en Afganistán. Y, si bien la participación de la URSS en la Guerra Civil de Angola y en las luchas entre Etiopía y Somalia se limitó al envío de armas, dinero y técnicos especializados (en Angola sobre todo por la presión del régimen cubano), mucho más grave, sangrienta y decisiva fue la intervención en Afganistán. En el país asiático, el nuevo Gobierno marxista, nacido a raíz de un golpe de Estado, se tambaleaba bajo los golpes de la insurgencia: después de meses de dudas, imputables a la voluntad de no agravar ulteriormente las relaciones con Estados Unidos, el paradigma ideológico ganó el pulso, en Moscú, a las consideraciones estratégicas. Fue así como, a finales de 1979, el Ejército Rojo empezó la invasión de Afganistán, enfrascándose en una imposible lucha contra las facciones rebeldes que había de durar hasta 1988 y que concluyó con una humillante retirada.

La acción soviética en **Afganistán** provocó la inmediata respuesta de Estados Unidos: Carter paralizó la aplicación de los acuerdos de desarme, impuso un embargo a la URSS e incluso boicoteó los Juegos Olímpicos de Moscú, enterrando definitivamente el espíritu de la distensión. Dichas acciones, sin embargo, no eran suficientes para un grupo de políticos pertenecientes al ala derecha del Partido Republicano, especialmente activos en la denuncia de la debilidad de Carter y, en general, de las últimas administraciones estadounidenses. Los neoconservadores (**neocons**) criticaban despiadadamente la política de distensión, con su voluntad de aceptar la bipartición del mundo y abogaban por un nuevo liderazgo que pusiera contra las cuerdas al bloque comunista; al mismo tiempo, en política interior, querían llevar a cabo un intenso cambio que eliminara todo rasgo de las políticas heredadas del New Deal para imponer una agenda neoliberal. Este grupo, activo desde los años cincuenta, logró hacerse con el control de la Casa Blanca gracias al triunfo electoral de uno de sus exponentes, el exactor **Ronald Reagan**, en 1980, que se dedicó inmediatamente a la tarea de transformar la política interior y exterior de Estados Unidos. Reagan empezó a dismantelar el estado asistencial norteamericano, luchando ásperamente contra los sindicatos y, en general, contra todo rasgo de progresismo en la vida pública del país; al mismo tiempo, se hacía portador de un mensaje abiertamente hostil hacia la URSS (definida "**imperio del mal**" en un célebre discurso), aumentando los gastos militares y haciendo de su **visceral anticomunismo** el eje central de su diplomacia.

La llegada a la presidencia de Reagan y de su discurso político belicista y anti-soviético modificó así de manera radical el panorama internacional y desencadenó la que algunos analistas definieron como "**Nueva guerra fría**".

Convencido asertor de la superioridad norteamericana –y de la misión mundial de su país– y fiel discípulo de los pensadores neocons, Reagan actuó en la escena internacional movido esencialmente por su afán de poner fin a la guerra fría poniendo contra las cuerdas a la URSS.

Para hacerlo, actuó en dos frentes distintos y a su vez complementarios.

- En primer lugar, no escatimó esfuerzos para subvencionar a todos los movimientos y guerrillas anticomunistas, promoviendo acciones directas y financiando y armando a los guerrilleros afganos para que desgastaran al ejército soviético.
- En segundo lugar –con una actuación que se reveló aún más decisiva– no solamente incrementó significativamente los gastos militares de su país (desplegando, también en Europa, nuevas armas), sino que se propuso dismantelar el concepto de "mutua destrucción garantizada" mediante el recurso a nuevos y sofisticados sistemas de defensa (la llamada **Iniciativa de Defensa Estratégica**, o SDI). Esta apuesta por un "escudo espacial" demolió todos los esfuerzos soviéticos para conseguir la paridad estratégica en las armas no convencionales y el pánico que causó en Moscú desempeñó un papel importante en la sucesiva apuesta pacificadora de Gorbachov, dispuesto a enterrar una confrontación que se estaba convirtiendo en una calamidad para la agonizante economía de su país.

4.2. El colapso del comunismo

Los problemas que ya acuciaban a la Unión Soviética a principios de los años setenta se fueron agravando a lo largo de toda la etapa de Brezhnev como secretario del PCUS. La economía soviética perdía cada vez más terreno respecto a sus competidores occidentales, y entró en una fase de **abierto declive** en los años ochenta: mientras la monolítica y corrupta burocracia moscovita seguía frenando cualquier reforma o innovación tecnológica de importancia, el desproporcionado gasto militar pesaba como un lastre sobre unas finanzas débiles e ineficientes. El "crecimiento declinante" de la economía afectaba también directamente a una población apática, acostumbrada a las dificultades y cada vez más consciente del declive de su país: el rígido control policial, por otra parte, impedía cualquier muestra de disconformidad con el régimen. A la sensación de declive contribuía también el desgaste físico de Brezhnev, que se fue acentuando a partir de la segunda mitad de los setenta: la concentración de poderes en manos de una restringida elite, compuesta casi exclusivamente por personas muy mayores y a menudo enfermas, no hacía sino contribuir al estancamiento del sistema. Las cosas no cambiaron tampoco después de la

muerte de Brezhnev (1982), ya que los sucesivos secretarios del PCUS (**Andropov** y **Chernenko**) solo se mantuvieron en el cargo pocos meses, antes de fallecer aquejados por graves problemas de salud.

A las dificultades interiores de la URSS se sumó también, a partir de 1980, el **abierto desafío de los polacos**: un desafío que constituyó el primer aviso de la inminente caída del bloque comunista. El deterioro de la situación económica, común a todos los países del este a finales de los setenta, se hizo notar con especial dureza en Polonia: la caída de la producción se acompañaba de un imparable aumento de la deuda y de un contemporáneo aumento de los precios, exacerbando la insatisfacción de la población hacia sus gobernantes. En esta situación, en los astilleros de Gdansk, se inició en el julio de 1980 una poderosa huelga liderada por el electricista **Lech Walesa**: el movimiento, que se extendió rápidamente a otras ciudades, se convirtió muy pronto en un abierto desafío al régimen, especialmente cuando se transformó en un verdadero sindicato (**Solidarnosc**). Mientras la fuerte Iglesia católica del país –estimulada también por las visitas del entonces papa, el polaco Karol Wojtyla (Juan Pablo II)– apoyaba al movimiento de Walesa, el constante deterioro de la situación, con un Gobierno de Varsovia que había incluso legalizado al Solidarnosc (creando así el primer sindicato libre del mundo comunista), preocupaba cada día más a Moscú. Los líderes soviéticos temían una extensión del movimiento incluso dentro de sus fronteras, pero –a diferencia de 1956 o 1968– no osaban intervenir abiertamente, frenados por el miedo a una acción americana: de hecho, fue precisamente esta no intervención la que puso fin a la "Doctrina Brezhnev" y aceleró la descomposición del bloque comunista. La situación se solucionó mediante un golpe de Estado interior del **general Jaruzelski**: puesto que temía que, antes o después, los rusos acabasen invadiendo el país o que explotase una guerra civil, Jaruzelski, a finales de 1981, impuso la ley marcial en el país, ilegalizó a Solidarnosc y encarceló a Walesa: sin embargo, el golpe de Estado solo sirvió para retrasar unos años el final del régimen.

La ardua tarea de frenar el desgaste de la URSS recayó, a partir de 1985, en el joven neosecretario **Gorbachov**. Como sus predecesores, Gorbachov conocía perfectamente los enormes problemas de su país y, en general, de todo el sistema; pero –y a diferencia de ellos– estaba dispuesto a utilizar todos sus poderes para llevar a cabo las imprescindibles reformas. Gorbachov creía posible introducir cambios radicales (tanto económicos como políticos) en el socialismo soviético, abriendo la URSS al exterior e integrándola en un nuevo orden mundial no dominado por el enfrentamiento con el bloque occidental, sino basado en la cooperación.

En el frente interior, la principal preocupación de Gorbachov fue la reactivación de la deprimida economía soviética: rodeado de un equipo de tecnócratas, luchó contra la omnipresente corrupción e introdujo una serie de reformas que liberalizaron el rígido mercado interior. Sin embargo, los esfuerzos estaban abocados al fracaso: las reformas no lograron corregir los defectos estructurales del sistema soviético e incluso empeoraron las condiciones de vida de la po-

blación, que vio agravarse aún más su situación económica. No tuvieron mejor suerte los intentos de reforma política: a pesar de haber puesto fin al opresivo sistema policial de las décadas anteriores y de haber abandonado el secretismo en nombre de la "transparencia" (*glasnost*), Gorbachov era todavía reacio a enterrar definitivamente el Partido Comunista y a proceder a la construcción de una verdadera democracia de estilo occidental: su reforma –que intentaba salvar los aspectos mejores del socialismo sin eliminarlo totalmente– se quedó incompleta también por su propia indecisión respecto al objetivo final que debía alcanzarse. Por esto, no es de extrañar que Gorbachov gozara de mucha menor consideración en su propia patria que en el exterior: mientras sus propios ciudadanos –estimulados por el proceso que él había puesto en marcha– no le ahorran las críticas, decepcionados sobre todo por el constante deterioro de la economía, su apuesta por la transformación (*perestroika*, el lema semioficial de su presidencia) y sus características personales tan distintas de los anteriores líderes soviéticos le garantizaron casi de inmediato la simpatía y el apoyo de Occidente.

Especialmente significativa, para entender el nuevo clima que se creó entre las dos superpotencias con la llegada de Gorbachov, fue la relación que establecieron el propio líder soviético y el presidente Reagan.

Después de las primeras cumbres, el mandatario estadounidense se dio cuenta de que podía confiar en el nuevo secretario del PCUS para poder enterrar definitivamente la guerra fría; por su parte, Gorbachov, también dispuesto a superar la época del enfrentamiento y favorable a la eliminación de la amenaza nuclear, encontró en Reagan el apoyo necesario para llevar a cabo sus planes de cooperación internacional.

El fruto de este nuevo espíritu de cooperación fueron importantes acuerdos bilaterales sobre la reducción armamentística y una nueva actitud de la URSS respecto a sus satélites europeos.

Gorbachov, de hecho, se disponía a abandonar definitivamente la etapa del imperialismo ideológico que había dominado la diplomacia soviética a partir de 1945, consciente de que este abandono no solo era imprescindible para abrir una nueva relación con Occidente, sino también para reducir el peso que representaba para la propia economía de su país. El imprescindible recorte de los desproporcionados gastos diplomáticos y militares hacía imposible el intervencionismo soviético en el Tercer Mundo (como se ha dicho, en 1988 el Ejército Rojo abandonó Afganistán, dejando el país en una situación de extrema inestabilidad) y, sobre todo, obligaba a Moscú a dejar de seguir asistiendo económica y militarmente a sus satélites europeos. Estos –por su parte– se vieron de repente desprovistos de la imprescindible ayuda soviética y, estimulados por los movimientos de protesta y por la imperiosa necesidad de redefinir su propia política, se decantaron rápidamente por la adopción de un sistema



Reagan y Gorbachov en 1985
Fuente: http://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Reagan_and_Gorbachev_hold_discussions.jpg

democrático-liberal. Decidida a desentenderse por completo de la evolución política de Europa del Este, Moscú no movió entonces un dedo cuando, en 1989 y en el breve espacio de unos meses, el entero sistema de control soviético sobre los países de Europa oriental se desmoronó definitivamente.

Se trataba de la aplicación de una nueva teoría de política exterior denominada curiosamente "**Doctrina Sinatra**" (en homenaje a la famosa canción *My Way* del autor norteamericano), que consistía en el hecho de que Moscú permitía libremente a sus satélites decidir su propia evolución política y económica, sin querer intervenir en sus asuntos internos como quedó establecido por la anterior "**Doctrina Brezhnev**".

Estimulados por la nueva actitud de la diplomacia del Kremlin, **Hungría** y **Polonia** fueron los primeros en moverse. En Budapest, donde la vieja clase dirigente comunista ya había sido sustituida por nuevos líderes políticos que estaban lentamente abriendo el país a la economía de mercado, el verano de 1989 vio abrirse las alambradas de la frontera con Austria, lo que originó un verdadero éxodo masivo hacia el mundo occidental. Mientras se desmantelaba de este modo el **Telón de Acero**, en Polonia –donde Solidarnosc había vuelto a la legalidad– se procedió en junio a elecciones semilibres en las que los candidatos de Solidarnosc literalmente barrieron a los gubernamentales: el resultado fue la constitución, en agosto, del primer Gobierno no comunista de Europa oriental. Los espectaculares acontecimientos de Hungría y de Polonia abrieron así el camino a la caída de los demás regímenes comunistas. Desautorizado por la presión popular y por el explícito desinterés de la URSS para con el destino de Alemania oriental, el Gobierno de **Berlín Este** abrió (el 9 de noviembre de 1989) los accesos a Alemania occidental, provocando **la caída** del símbolo de la guerra fría, el **Muro de Berlín**; mientras en **Checoslovaquia** la **Revolución de terciopelo** propiciaba la vuelta de **Dubcek** a la presidencia del Parlamento, también **Bulgaria** y **Rumanía** (esta última, después de sangrientas revueltas) se encaminaron hacia la afirmación de la democracia y la instauración de sistemas económicos capitalistas.

El repentino colapso del sistema comunista en Europa oriental aceleró también el definitivo derrumbamiento de la propia Unión Soviética.

En efecto, los intentos de reforma de Gorbachov se estaban quedando demasiado limitados frente a los problemas que acuciaban a su patria: mientras la situación de la economía empeoraba siempre más (sin que por otra parte se llegara a su completa liberalización), se agudizaban las tensiones étnicas entre los diferentes componentes del Estado y el propio poder del secretario del PCUS se veía amenazado por el creciente enfrentamiento entre radicales y conservadores. En 1990, el propio PCUS se vio forzado a autorizar la creación de partidos democráticos en la URSS, liberando así las fuerzas centrífugas que

fueron, en último análisis, las responsables del colapso soviético: mientras las "nacionalidades periféricas" (lituanos, georgianos, letones, azerbaiyanos, moldavos, ucranianos) se alejaban cada día más de Moscú, en algunos casos pidiendo explícitamente la independencia, los radicales guiados por Boris Yeltsin se hacían con el control de la Federación Rusa, acelerando la reacción de quienes no estaban dispuestos a discutir la existencia de la URSS y aislando cada día más a un debilitado Gorbachov.

La temida reacción de los conservadores se concretó, en agosto de 1991, en un intento de golpe de Estado llevado a cabo por sectores del PCUS y del Ejército soviético: sin embargo, mientras el desautorizado Gorbachov permanecía bajo secuestro en Crimea, la reacción de Yeltsin y de la población hizo fracasar el golpe en pocos días, precipitando la situación y convirtiendo en realidad las peores pesadillas de los golpistas derrotados. Mientras los países bálticos accedían rápidamente a la independencia –estimulados por el apoyo occidental–, Yeltsin llegaba a sendos acuerdos con los líderes de las diferentes repúblicas soviéticas para enterrar definitivamente a la URSS y constituir una nueva Confederación de Estados Independientes que la sustituyera. Una vez disuelto e ilegalizado el PCUS, un Gorbachov abandonado por todos se vio forzado a aceptar la disolución de la unión y presentó poco después su dimisión: el 25 de diciembre de 1991, la URSS desaparecía así del mapa político mundial, fragmentándose en quince nuevas repúblicas independientes y abriendo una nueva etapa en la historia mundial.

4.3. La China comunista

Significativa excepción en el general proceso de disolución del comunismo en los años ochenta fue **China**, que precisamente en aquella década empezaba el extraordinario despegue económico que debía convertirla en una superpotencia mundial: un despegue que resulta incluso más sorprendente si se consideran las catastróficas condiciones sociales y económicas del país en 1946, cuando volvió a desencadenarse la guerra civil entre el Gobierno de Jiang y los comunistas de Mao.

En un primer momento, las fuerzas de **Jiang Jeshi**, que controlaban gran parte del territorio y contaban con una importante superioridad de efectivos (además del apoyo económico y del asesoramiento militar estadounidense), parecieron poder ganar fácilmente la contienda contra sus adversarios, aislados y sin apoyos externos. La URSS, en efecto, se abstuvo cuidadosamente de intervenir a favor de los comunistas locales, concentrando de momento todas sus miradas sobre Europa: en la óptica estaliniana, China representaba un elemento secundario en el juego político mundial y hubiese sido necesario que la guerra civil se solucionase mediante un compromiso (en 1945, Stalin había reconocido a Jiang como legítimo presidente de China). Pese a todo, ya a partir de 1947 los comunistas empezaron su contraofensiva general, ayudados por la creciente desmoralización de los nacionalistas, por el prestigio adquirido durante la lucha contra Japón y por la participación en la lucha de un

Lectura sugerida

Jian Chen (2005). *La China de Mao y la guerra fría*. Barcelona: Paidós Ibérica.

campesinado que veía en la revolución la posibilidad de modificar estructuras de opresión milenarias. El régimen de Jiang, corrupto y violento, desorganizado e ineficiente, se derrumbó en el espacio de pocos años, mientras incluso los norteamericanos, preocupados por evitar una intervención masiva en el conflicto, abandonaron a su antiguo protegido: el 1 de octubre de 1949, **Mao** pudo entonces proclamar, desde Pekín, el nacimiento de la **República Popular de China**. Un nacimiento que –como se ha dicho– despertó las alarmas en la Casa Blanca: Washington rechazó reconocer diplomáticamente al nuevo Gobierno chino y empezó a proporcionar ayuda militar y económica a los nacionalistas que se habían refugiado en la isla de Taiwán, aplicando también a Asia el principio de la "contención" anticomunista.

A pesar del mencionado **tratado de amistad con Moscú** de 1950, el régimen comunista que se instaló en Pekín a partir de 1949, difería mucho en sus postulados políticos de la tradición marxista-leninista: en un país prominentemente agrario, el núcleo y bastión de la revolución fueron los campesinos y no los obreros urbanos, como estaba dictado por la doctrina oficial de Moscú. La implantación del comunismo en el inmenso país siguió entonces pautas muy peculiares, caracterizándose por el liderazgo casi indiscutido de Mao y por la aplicación de políticas a menudo contradictorias y de resultados trágicos. Un ejemplo de estas políticas contradictorias y, al mismo tiempo, trágicas fue el llamado "**Gran Salto Adelante**", puesto en marcha a finales de los años cincuenta. Mao y su régimen se propusieron una **industrialización forzada de China**, obligando a millones de individuos a abandonar los campos para trabajar en las fábricas. El plan –además de no mejorar la estructura industrial del país– se saldó con entre 20 y 30 millones de muertos a causa de la **hambrienta** y constituyó un catastrófico fracaso para las políticas maoístas.

No menos peculiar fue la política exterior de Pekín a lo largo de toda la etapa maoísta: a pesar de la consistente ayuda que el Kremlin envió a Mao a lo largo de todos los años cincuenta (los rusos proporcionaron a los chinos incluso la tecnología para la fabricación de armas nucleares), Mao, deseoso de romper el equilibrio bipolar de la guerra fría y sumamente crítico hacia el proceso de desestalinización llevado a cabo por Jruschov a partir de 1956, extremó sus críticas al "revisionismo" soviético hasta llegar a una ruptura completa con Moscú en 1960. A partir de entonces, la China comunista desafió abiertamente a la URSS, llegando incluso a enfrentamientos fronterizos con su antiguo protector y preparándose para desempeñar un nuevo papel en el tablero internacional una vez cesada la fase más caótica de la Revolución Cultural.

La Revolución Cultural

A partir de 1966, el enorme país asiático se vio afectado por una colosal campaña de masas estimulada por Mao y dirigida contra todos aquellos acusados de oponerse al espíritu revolucionario. Mientras grupos organizados –las Guardias Rojas– sumían al país en la violencia y en el caos, Mao logró así recuperar su poder sobre el país, duramente cuestionado después del fracaso del Gran Salto Adelante, y derrotar a sus adversarios políticos.

El maoísmo y su influencia

La ruptura chino-soviética, la Revolución Cultural y, en general, la emergencia de China en la escena internacional fueron acontecimientos que tuvieron una vasta repercusión también fuera de las fronteras del país asiático. El desafío al hasta entonces dominante modelo soviético, en nombre de una crítica radical a la burocratización y a la esclerosis del sistema moscovita, lograron despertar el interés de intelectuales y estudiantes que, a finales de los años sesenta, buscaban nuevas soluciones al margen del enfrentamiento bipolar entre Estados Unidos y la URSS. El valor revolucionario del mensaje chino se conjugó así en la radical crítica del sistema que se llevaba a cabo especialmente en

Occidente, en los años de la contestación juvenil, con lo que aparecieron movimientos maoístas fuera de la propia China.

Así, a comienzos de los setenta, Mao sorprendió al mundo empezando un otrora inconcebible acercamiento a Estados Unidos, que llevó al ingreso del Gobierno de Mao en el Consejo de Seguridad de la ONU (en sustitución de Taiwán), a la histórica visita a China de Nixon y a la normalización de las relaciones entre los dos países. En realidad, la sorpresa no debió de ser tan grande para los observadores más atentos, ya que Pekín y Washington tenían más de un interés en común: ambos desconfiaban de una URSS que había alcanzado la paridad armamentística con Estados Unidos, ambos deseaban acabar el conflicto en Vietnam (que amenazaba con llegar a las fronteras meridionales chinas) y ambos esperaban estabilizar la situación económica de sus respectivos países. Lógica consecuencia fue el restablecimiento de contactos entre China y Estados Unidos, interrumpidos desde 1949 (aunque para el pleno reconocimiento diplomático se hubo de esperar hasta 1979), y la asunción, por parte de Pekín, de un estatus de superpotencia plenamente reconocida por Occidente.

Dicho estatus se vio ulteriormente acrecido por el impresionante desarrollo económico chino, una vez muerto Mao y llegado al poder su histórico adversario **Deng Xiaoping**. El pragmático nuevo líder de Pekín –derrotados los opositores– había empezado una radical transformación del país apostando abiertamente por la adopción de una economía de mercado y exhortando a sus compatriotas a que se enriquecieran. Sin embargo, esto, en la óptica de Deng, no significaba que la reforma económica hubiese de acompañarse por una reforma política democrática: cuando, en la primavera de 1989, estudiantes e intelectuales ocuparon la **plaza de Tien An Men** en la capital para pedir reformas, estimulados por los cambios que se estaban dando en Europa y en la URSS y por una visita del propio Gorbachov a China, Deng aplastó la revuelta con la fuerza del Ejército Rojo y al precio de miles de muertos: la liberalización económica y el crecimiento del gigante oriental debían producirse sin cambios políticos y sin la instauración de la democracia.



Encuentro entre Mao y Nixon en 1972
Fuente: http://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Nixon_Mao_1972-02-29.png

Glosario

aislacionismo *m* Doctrina política norteamericana que consistía en no intervenir en los asuntos internacionales que no amenazaran de manera directa e inmediata los intereses de Estados Unidos.

Banco Mundial *m* Organismo de las Naciones Unidas cuya tarea consiste en reducir la pobreza de las naciones. Fue fundado en 1944 durante las reuniones de Bretón Woods.

caza de brujas *f* Período de la historia estadounidense en el que se desencadenó una violenta persecución de todos los sospechosos de simpatizar con la causa comunista y, en general, de todos los que se oponían al visceral anticomunismo de la Administración. Su principal animador fue el senador Joseph McCarthy.

CIA *f* Central Intelligence Agency, servicio de inteligencia norteamericano.

Commonwealth *f* Comunidad Británica de Naciones, asociación internacional de países asociados de alguna manera con el Reino Unido.

estado del bienestar *m* Traducción española del *Welfare State* anglosajón. Consiste en la aplicación –en un sistema económico capitalista– de políticas sociales por parte del Estado, con el objetivo de mejorar las condiciones de vida de la población.

frentes nacionales *m pl* Gobiernos que se formaron en los países de Europa oriental a partir de 1945 y que vieron la participación de todas las fuerzas antifascistas, aunque con un predominio estratégico de los comunistas. Fueron sustituidos, a partir de 1947-1948, por las democracias populares.

glasnost *f* En ruso, "transparencia". Se refiere al nuevo estilo de gobierno de la URSS de Gorbachov que debía abandonar el antiguo secretismo soviético.

gran depresión *f* Crisis económica mundial que se inició a raíz del crac de la Bolsa de Nueva York en 1929, que se prolongó durante casi todos los años treinta y que golpeó especialmente a la economía norteamericana.

Kominform *f* Oficina de información comunista fundada en 1947 con el objetivo de coordinar las acciones de los partidos comunistas mundiales.

nomenklatura *f* Por extensión, se define así a la elite político-económica de la Unión Soviética, caracterizada por su inmovilismo, su clientelismo y sus privilegios.

OTAN *f* Organización del Tratado del Atlántico del Norte. Alianza política y militar entre varios países del hemisferio septentrional creada para contrarrestar la amenaza soviética en 1949.

OTASE *f* Organización del Tratado del Sureste Asiático. Organización regional de defensa fundada en 1955 por algunos Estados del Asia sudoriental, de Oceanía, de Europa y de América con el objetivo de limitar la expansión comunista en el Pacífico. Desapareció en 1977.

Pacto de Bagdad *m* Acuerdo militar y político entre algunos países de Oriente Medio para limitar la expansión comunista en la región, firmado en 1955.

Pacto de Varsovia *m* Acuerdo de cooperación militar firmado en 1955 entre la URSS y los países del bloque del este, desaparecido en 1991.

PCE *m* Partido Comunista de España. Organización política fundada en 1921.

PCF *m* Partido Comunista Francés. Organización política fundada en 1920.

PCI *m* Partido Comunista Italiano. Organización política fundada en 1921 y desaparecida en 1991.

PCUS *m* Partido Comunista de la Unión Soviética. Organización política fundada en 1918 y desaparecida en 1991.

perestroika *f* En ruso, literalmente 'reconstrucción'. Lema oficial de la Presidencia de Gorbachov y de su intento de reforma del sistema soviético.

RDA *f* Sigla de República Democrática de Alemania (la Alemania oriental).

realpolitik *f* Política exterior que normalmente se basa más en intereses prácticos e inmediatos que en principios teóricos o éticos. En la etapa de la guerra fría, llevaron a cabo una diplomacia basada en los principios de *realpolitik* sobre todo Nixon y Kissinger.

revolución cultural *f* Campaña de masas instigada por el líder chino Mao Zedong entre 1966 y 1969 y dirigida contra los intelectuales y los miembros del partido acusados de haber abandonado los ideales revolucionarios. Desembocada en una etapa de caos, violencia y desorden social, sirvió para consolidar el poder interior del propio Mao.

RFA *f* Sigla de República Federal de Alemania (la Alemania occidental).

SALT *f* Sigla correspondiente a Strategic Arms Limitation Talks (Conferencias sobre la limitación de las armas estratégicas). Fueron unas negociaciones entre la URSS y Estados Unidos que llevaron a la firma, en 1972, de un primer acuerdo (SALT I) sobre la limitación de los sistemas de defensa antimisiles.

SDI *f* Iniciativa de Defensa Estratégica (Strategic Defense Initiative), programa desarrollado por la presidencia Reagan en los años ochenta para crear nuevos sistemas de defensa contra la Unión Soviética. También conocido como "escudo espacial".

sistema monetario internacional *m* Conjunto de organizaciones y normas estructuradas para facilitar las relaciones monetarias entre países y para que los negocios internacionales se desarrollen sin complicaciones.

Vietcong *m* Organización guerrillera (cuyo nombre oficial fue Frente Nacional de Liberación de Vietnam) que luchaba, en el Vietnam del Sur, contra el régimen pro-occidental. Soportado por Vietnam del Norte, los comunistas eran mayoría en sus filas.

Yom Kippur *f* Celebración religiosa y festiva de los judíos en la que los fieles dan cuenta a Dios de sus acciones.

Bibliografía

- Aron, Raymond** (1989). *Paz y guerra entre las naciones*. Madrid: Alianza.
- Chen, Jian** (2005). *La China de Mao y la guerra fría*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Feis, Herbert** (1960). *Between War and Peace: The Potsdam Conference*. Princeton: Princeton University Press.
- Gaddis, John Lewis** (1989). *Estados Unidos y los orígenes de la guerra fría: 1941-1947*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Gaddis, John Lewis** (1992). *La contención: concepto y política*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Gaddis, John Lewis** (2008). *La guerra fría*. Barcelona: RBA.
- Halliday, Fred** (1989). *Génesis de la guerra fría*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawm, Eric J.** (1995). *Historia del siglo xx, 1914-1991*. Barcelona: Crítica.
- Judd, Tony** (2006). *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid: Taurus.
- Kolko, Gabriel** (1974). *Políticas de guerra: el mundo y la política exterior de los Estados Unidos, 1943-1945*. Barcelona: Grijalbo.
- Mammarella, Giuseppe** (1996). *Historia de Europa contemporánea desde 1945 hasta hoy*. Barcelona: Ariel.
- Segura, Antoni** (2001). *Más allá del Islam*. Madrid: Alianza Editorial.
- Thomas, Hugo** (1988). *Paz armada: los comienzos de la guerra fría, 1945-1946*. Barcelona: Grijalbo.
- Tusell, Javier** (1979). *Eurocomunismo en España*. Madrid: Fundación Humanismo y Democracia.
- Veiga, Francesc y otros** (2006). *La paz simulada. Una historia de la guerra fría, 1941-1991*. Madrid: Alianza.
- Zubok, Vladislav M.** (2008). *Un imperio fallido*. Barcelona: Crítica.

